





NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**





NARCISO DIAZ DE ESCOBAR



CANTARES



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
123, RAMBLA DE CATALUÑA, 123
BARCELONA

2 reales en toda España

398.8

DIA
poe

El fin de esta BIBLIOTECA consiste en popularizar las obras más notables del ingenio humano, poniéndolas á un precio al alcance de todas las fortunas. Ha publicado las obras siguientes:

OBR

- TOMO 1.^o—CRISTÓBAL Colón, toda la edición.
- TOMO 2.^o—CAIN, M. de Cervantes.
- TOMO 3.^o—BLANCA de Navarra, toda por él mismo. *La Raglia*, por A. Dumas.
- TOMO 4.^o—ABELARDO, toda la edición.
- TOMO 5.^o—HISTORIA de España.
- TOMO 6.^o—EL ASNO de Burro, etc.
- TOMO 7.^o—POETAS de amor, Espronceda, etcétera., etc.
- TOMO 8.^o—GUILLERMO de Orange.
- TOMO 9.^o—ROMANOS el Cruel, D. Alvaro.
- TOMO 10.—HISTORIA de un sidiario. *Ojo por ojo*, E. Souvestre.
- TOMO 11.—TRES TIPOS de un tonio.
- TOMO 12.—POETAS de Mendive, Plácido, etc.
- TOMO 13.—EL ARTE de la guerra.
- TOMO 14.—EL CORO de *La décima Musa*, L. de Rivas.
- TOMO 15.—EL ESTUDIO de *Las píldoras de Sa*, Duque de Rivas.—
- TOMO 16.—LOS BAÑOS de plaza, D. Martín de Rivas.
- TOMO 17.—TORQUESEMADA, etc.

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse dentro de la sala de lectura

BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX

POESÍAS Y CANTARES



R. 17.521



BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX

TESORO DE AUTORES ILUSTRES

DE TODAS LAS ÉPOCAS Y NACIONES

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

POESÍAS Y CANTARES

CON UNA NOTICIA BIOGRÁFICA

DE

D. JOSÉ COMAS

Y UN ESTUDIO CRÍTICO DE

D. SALVADOR RUEDA

BARCELONA

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

123, Rambla de Cataluña, 123.

Imp. de J. Pons, Provenza, 29.—Barcelona-Gracia.



NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



Nació tan distinguido poeta en el año de 1860. Cuenta, pues, nada mas que treinta y cuatro años; pero á los quince publicaba ya sus versos en *El Folletin* y *El Museo* de Málaga, y desde entonces no ha cesado de dar á la estampa esa multitud de artículos, poesías, dramas, comedias y sobre todo cantares, que han hecho de él una gloria literaria.

Cuando sólo tenía veintidós años se licenció de abogado é inmediatamente, gracias á sus conocimientos jurídicos, fué nombrado magistrado suplente de una audiencia, cargo que renunció modestamente por creerse

demasiado joven para ejercerlo, siendo luego abogado fiscal sustituto, empleo que desempeñó durante tres años.

Afiliado al partido monárquico democrático, Vélez y Torrox le eligen como su representante en la Diputación Provincial de Málaga, y su honradez, la claridad de su juicio, el tino con que resuelve las cuestiones administrativas le conquistan un puesto en la comisión permanente y le elevan á la Vicepresidencia.

Como abogado el señor Díaz es un hombre incansable. Figura casi siempre en el turno de la abogacía de pobres, impulsado tal vez por los nobles é hidalgos sentimientos tan grande y elocuentemente expresados en una de las odas que insertamos, y que al hablar de la caridad dice que es

Mezcla de lo divino con lo humano,
se llega á comprender, no se describe
y en alas de su influjo soberano
á veces nace, vive,
y alza sus templos en corazón cristiano.

No es, pues, extraño que aguardando siempre turno para defender á los pobres haya intervenido, en los doce ó trece años que se dedica al ejercicio de la abogacía, en más de dos mil pro-

cesos, entre ellos en el famoso de los *Illuminados de Toluca*. Cuando se le oye en estrados, se nota en él al verdadero orador forense, distinguiéndose por la rectitud de su sentido jurídico y por lo elegante y correcto de su lenguaje.

Pero nosotros no vamos á ocuparnos del señor Díaz como político ni como jurisconsulto. En un país cual el nuestro, en que los centros docentes arrojan á las luchas del foro, y todos los años, miles de abogados, y donde los cabildos é intrigas de la política llevan á la corporación provincial tantas y tantas vulgaridades, el ser letrado notable ó el presidir diputaciones no son títulos bastantes para llamar la atención pública; mas sí lo es y grande el cultivar la poesía con el acierto, el estro, la inspiración, el alto y noble vuelo con que la sabe cultivar el señor Díaz.

Que éste es un poeta y poeta distinguido lo prueban las composiciones de este libro y los *ochenta y un* premios alcanzados en varias justas literarias. «Con las medallas de plata, oro y bronce, escribe uno de sus biógrafos, las artísticas palmas, flores y lirás, los valiosos objetos de arte, y el sin fin de diplomas que Narciso Díaz de Escovar guarda, podría formar un artístico y curioso museo. Y hay que confesar,

»aun pensando como yo pienso, que
 »algún valor literario representa todo
 »ello, mucho más cuando procede de
 »justas en que han fallado como jueces
 »verdaderas eminencias literarias.»

De poesías premiadas baste decir que el señor Díaz de Escovar ha publicado nada menos que un volumen; de artículos, novelas y folletos, tres ó cuatro tomos y fuera de ello se han representado en los teatros de España y América, muchas de sus composiciones dramáticas, entre las cuales son muy notables, *Lo que no castiga el Código, Monje y Emperador, Odios de Raza, ¡Ay, amor, cómo me has puesto!, Este es mi novio*, etc., etc.

Soldado incansable de la prensa, el señor Díaz ha prestado su colaboración política y literaria á una infinidad de periódicos, así de Madrid como de provincias, sobre todo á nuestras *Ilustraciones*, archivo con frecuencia de todo lo bueno y nuevo, y oficina donde se refrenda la patente de autor original y concienzudo.

En Málaga, donde reside habitualmente, dirigió la *Revista Malacitana, Religión y Literatura, La Enciclopedia Forense y El Ateneo*. La brevedad no nos permite enumerar las academias científicas y literarias que le han

nombrado su socio; baste decir que uno de sus biógrafos cita veintisiete, entre ellas varias italianas y francesas.

Como poeta ha sido elogiado por muchas de nuestras eminencias literarias. A este efecto podríamos citar los nombres de D. Antonio Cánovas del Castillo, Teodoro Guerrero, Martínez Barrionuevo, Alcalde Valladares, Julio Valdelomar, etc., etc., quienes han rendido un tributo de admiración al distinguido vate malagueño.

Si citásemos los innumerables juicios que sobre las poesías y cantares del señor Díaz de Escovar, ha emitido la prensa, necesitaríamos de un volumen, no para reproducirlos sino tan sólo para extractarlos. Todos hacen justicia á su gran mérito literario y *El Imparcial*, que tan recto se suele mostrar en sus juicios, dice al ocuparse de uno de sus libros, *que le acredita de maestro en el arte de hacer esas composiciones de cuatro versos que casi siempre encierran más poesía que las odas esculturales labradas á fuerza de artificio.*

Y en efecto: lo que distingue las composiciones del señor Díaz de Escovar es su espontaneidad y su mucha poesía. Basta leer algunas de ellas para que se adivine en él al poeta meridiano.

nal, que es tanto como decir el poeta fácil, ardiente é impetuoso. De ahí la naturalidad y sencillez con que brotan sus ideas, las cuales nunca madura en el invernáculo del entendimiento, sino que salen en el terreno abonado de la inspiración como esas flores que nacen rápidas y espontáneas bajo el ardiente sol de Andalucía.

Ya cante la fe ó la esperanza, ya la desilusión ó el dolor, ya el amor ó el desengaño, ya la desesperación ó la alegría, el señor Díaz recorre todos los tonos de la pasión y el sentimiento con grandeza y sencillez siempre poéticas.

La flexibilidad de su talento se adapta á todos los asuntos, principalmente si éstos son dignos de su inspiración noble y elevada.

Canta con igual facilidad y bellísimas estrofas la *Caridad Marítima* y el *Progreso*, *La Libertad* y *La Vida de la Aldea*, que por su tranquila sublimidad y el giro clásico de alguna de sus estancias nos recuerda á fray Lulú de León y al dulce y tierno Meléndez.

Mas con esto y con haber obtenido tantos premios en literarios certámenes, no es en las composiciones de alto vuelo donde el señor Díaz ha cosechado más aplausos. Su gloria, más que

sus odas la constituyen sus cantares. Ellos han popularizado su nombre en todas las regiones de España, sobre todo en Andalucía, donde esos gritos del alma, esos ayes del dolor, esos recuerdos de la ilusión perdida tienen siempre más eco en las fantasías y corazones de la gente apasionada y meridional, que en la más reposada y tranquila de los países del Norte.

Con haber en nuestra poesía popular nombres tan gloriosos como el de Augusto Ferrán, Ruíz Aguilera, Melchor de Palau y tantos otros que elevaron á tan grande altura ese género tan clásicamente español, el señor Díaz se ha sabido conquistar igualmente una fama y reputación ilustres.

No diremos, como afirma uno de sus críticos, que cada uno de sus cantares es un *poema*. Hágase la oración por pasiva y resultará que la *Divina Comedia* valdrá tanto como un madrigal; pero si el mérito del cantar estriba en la explosión viva y rápida del sentimiento, en lo agudo del concepto, en la vivacidad con que se expresa la idea y en la facultad de producir en el ánimo y el corazón del lector esas impresiones fuertes, enérgicas, y que no por ser breves dejan de ser hondas, porque son saetas de la pasión; si el mérito de estas

composiciones consiste en esto, necesario es confesar que el señor Díaz es como Ferrán, como Aguilera y como Palau, un poeta más de los cantares.

Ya se muestre varonil y nervioso, ya blando y suave, ya triste y melancólico, el señor Díaz nunca deja de ser poeta. Al leer sus versos diríase que éstos se han escrito vertiendo lágrimas, ó que se han dictado en el paroxismo del dolor y la tristeza.

Nadie cual él ha tratado con tanta espontaneidad en el lenguaje y con tanta variedad de formas y de tonos las diversas manifestaciones de la pasión y el sentimiento. El amor, los celos, la vanidad, la envidia, la ambición, el desengaño, el cariño filial, la pérdida de la fe, de la esperanza, de las ilusiones, todo en sus cantares lo describe, lo siente, lo llora, lo esculpe, lo retrata, ora emitiendo el pensamiento con la gracia pintoresca de la imagen, ora realzándolo con intención profunda ó con nobles é hidalgas aspiraciones, ora en fin dando á sus versos frases y acentos que son como explosiones del dolor, notas de languidez, y blanduras y ternezas del suspiro.

¿Hay nada tan melancólico, tan dulce, tan delicado como esta manifestación del amor puro?

Hojas de la margarita
que su mano deshojó,
no le digáis á la gente
nuestros misterios de amor.

¿Y esta contraposición del amor ideal
en que se pinta el veleidoso y ligero?

Tu querer es como un libro
que pasa de mano en mano,
y lo van leyendo todos
y todos lo van dejando.

Nada diremos de esta descripción del
dolor, la cual no puede ser más sencilla
y al mismo tiempo más cierta:

El dolor es una ola
que nos moja sin cesar,
que llega rápidamente
y muy despacio se va.

¿Y esta otra estancia cuyo asunto es
muy vulgar entre enamorados pero
que nadie como el señor Escovar ha
descrito con tan melancólica triste-
za?

Pajarillo, pajarillo,
no te mires en sus ojos,
que van ofreciendo vida
pero matan poco á poco.

¿Ni qué hipérbole literaria es comparable en lo grande, lo poética y lo bella á la siguiente?

Cuando tus ojos divinos
á formar empezó Dios,
tomó colores del cielo
y resplandores del sol.

Y este otro pensamiento que no puede ser más común pero que se traduce con tanta melancólica tristeza:

Soy un viajero perdido
en inmensas soledades;
¡qué solo se queda un hijo
cuando le falta su padre!

¿Pero á qué copiar más cantares?

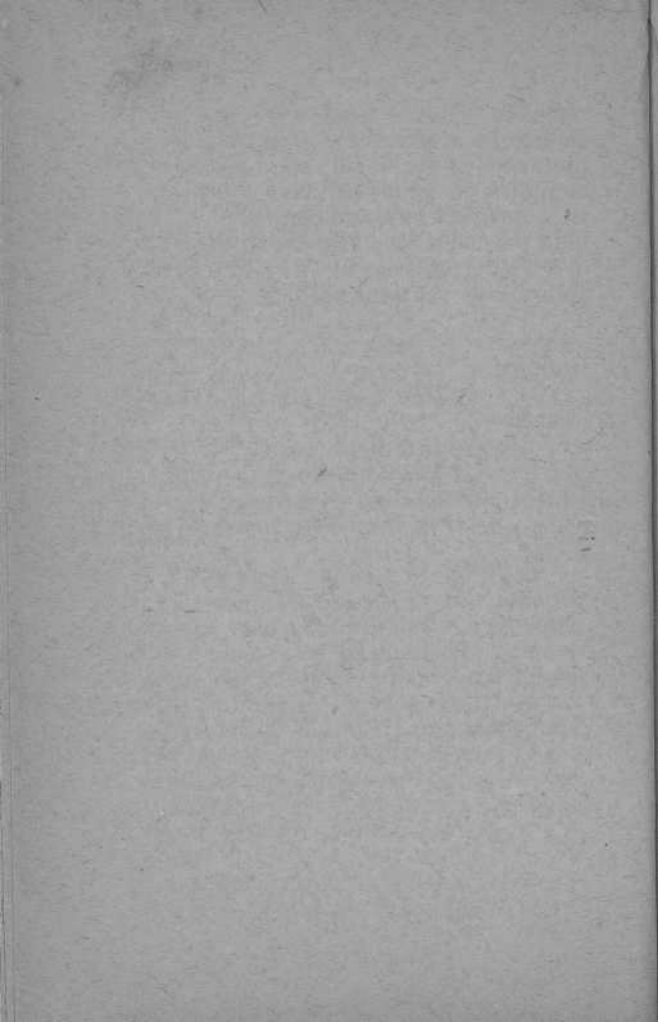
Abrase nuestro libro en cualquier página y se leerán otros que valen tanto ó más que los citados; y como el prolongar nuestro juicio sería en daño de nuestros lectores, que querrán saborear las muchas y preciosas bellezas de este tomo, dámosle aquí fin y remate en la certeza de que las *Poesías y Cantares* del señor Díaz de Escovar, serán leídos con no poco gusto y aplauso.

La BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX, creada con el fin de popularizar todo lo que es

bueno y bello, estima como un título de orgullo el que á sus muchas joyas literarias pueda añadir con este volumen otra no menos preciada y brillante, y que á no dudarlo será bien recibida por todos los que aún rinden culto á la inspiración, al talento y á las delicadezas y primores de la rima.

JOSÉ COMAS.

Barcelona, 6 Julio de 1894.



POESÍAS





Á LA LIBERTAD

I

Sacrosanta inspiración
de grandeza y de cariño;
¡albor que recibe el niño
con la luz de la razón!
Amorosa emanación
del más eterno poder,
que hace al hombre comprender
y le hace sentir al hombre
ese derecho sin nombre
que Dios le otorga al nacer.

II

Bendita la libertad
que sus bondades difunde
y en estrecho lazo funde
la dispersa humanidad.

Vierte inmensa claridad,
que alumbrando el mundo entero,
mide por igual rasero
vencidos y vencedores,
los siervos y los señores,
el magnate y el obrero.

III

Los eternos ideales
no se logran sin luchar,
¡nada importa un Villalar
á corazones leales!
Mártires de sus parciales,
en Aragón y en Castilla,
conquistó aquella semilla
que con su sangre vertieron,
los que por su amor murieron
Lanuza y Juan de Padilla.

IV

Siempre es grandiosa una idea
cuando á todo se prefiere,
cuando por ella se muere
y por ella se pelea.
Cuando hijos sublimes crea,
que en su arrojo soberano
ni tiemblan ante el tirano,
ni cejan en su denuedo,
como el noble de Toledo,
como el mártir segoviano.

V

Su bandera está sellada
por honrosas tradiciones
y están limpios sus blasones
por la sangre derramada.
Siempre luce desplegada
amparando al desvalido
y al perdonar al vencido
abrillanta su diadema,
ostentando como lema
sublime: perdón y olvido.

VI

Del Justicia de Aragón
el conmovedor ejemplo,
tiene en el alma su templo,
altar en el corazón.
Y si quiere la traición
¡libertad! tu seno herir,
Padillas han de surgir,
Lanuzas han de brotar,
que por tí sepan luchar,
que por tí sepan morir.

VII

Por su independenciam late
la raza de D. Pelayo,
que el pueblo del Dos de Mayo
se agiganta en el combate.

El número no le abate
de enemigos altaneros;
que á españoles verdaderos,
cuando ofenden sus blasones,
les faltan Napoleones
y les sobran guerrilleros.

VIII

Con el fanatismo en guerra
caminas siempre adelante
y va tu enseña triunfante
flotando sobre la tierra.
En tí la gloria se encierra
de fulgores revestida,
en él la ignorancia anida,
en tí lo grande y lo fuerte,
el fanatismo es la muerte,
la libertad es la vida.

IX

Derrúmbese de su altura
herético fanatismo,
hundiéndose en el abismo
que le forjó su locura.
Ya que en cambio tu escultura
los tiempos no derrocaron,
pues su pedestal formaron
con sangre de campeones
y con nobles corazones
de los que por tí lucharon.

X

Tu fulgente claridad
preste luz á mi destino,
alumbrando mi camino
el sol de la libertad.
Surja la eterna verdad,
y cuando la Parca fiera
de muerte mi pecho hiera,
me dé por patria tu cielo,
tu bendición por consuelo
por mortaja tu bandera.

Málaga 1893.

CARIDAD MARÍTIMA

Lema: ¡Bendita seas!

Brille el radiante sol del nuevo día;
¡hermosas del vergel de los amores,
relegad al olvido los dolores
que turban vuestros sueños de alegría,
y rica alfombra de olorosas flores
el suelo cubra de la patria mía!

Eleve el ruiseñor en la espesura
su misterioso acento,
y las nubes no empañen la tersura

del límpido cristal del firmamento.

Brille la Caridad, joya sagrada
de nuestro afán consuelo,
y amorosas festejen su llegada
aves y flores, vírgenes y cielo.

Vedla llegar, espléndida matrona
que la divina luz lleva en su frente
y ostenta por corona
los fulgores del sol resplandeciente.

Forman su vestidura
y tiene por dosel de sus altares,
la nieve arrebatada de la altura
y las blancas espumas de los mares.

Mezcla de lo divino con lo humano
se llega á comprender, no se describe,
y en alas de su influjo soberano
á veces nace, vive,
y alza su templo en corazón cristiano.

Acaso el cielo, al contemplar que el mun-
miseria sólo y vanidad encierra, [do
donde el temor profundo
en eterna Babel cambia la tierra,
anheló en su bondad siempre infinita
lenitivo otorgar á tanto duelo,
y, ángel de paz, la Caridad bendita
con misión celestial bajó del cielo.

.....
Tú eres ¡oh, Caridad! para el marino
faro de salvación y bienandanza,
que la aspereza alumbras del camino
con destello de amor y de esperanza
que disipa las nieblas del Destino.

El límpido cristal del azul cielo
van las compactas nubes enlutando,
cual si anhelasen con obscuro velo
el divino poder ir eclipsando
y sus rayos trocando
en triste obscuridad y eterno duelo.

Cuadro negro, sombrío,
que da al pecho temor y da á la mente
un pensamiento impio
que la fe mata del que espera y siente,
aunque al mirar su error y su flaqueza
renazca luego con mayor grandeza.

Con furia ruge el viento
por invisibles alas impelido,
y semejan sus ecos un lamento
en la azulada bóveda perdido,
desgarradora nota
que halló la inmensidad por elemento,
que el aire engendra y en los aires flota.

Se eleva la marina gaviota
al presagiar la tempestad hirviente,
el mar ciñe dosel de espesas brumas
y montes de cristal alza potente
que se truecan en sábanas de espumas;
olas que nacen, ruedan, se agigantan,
rayo de muerte en sus cambiantes brilla,
ya vacilan, ya fuertes se levantan,
hasta espirar en la desierta orilla
donde sus propios funerales cantan.

Con el terror del porvenir incierto
lucha la nave, pero lucha en vano,
que su tumba le ha abierto

la tempestad del férvido Oceano,
y al súbito vaivén de una oleada,
cercada por espumas á millares,
cruje, vacila, se revuelve airada,
y se hunde en el abismo de los mares,
en un solo momento,
tan veloz como el raudo pensamiento.

El mar en ancha fosa se convierte,
y á su furor rindiéndole tributo
al festín de la muerte
llegan sombras, y lágrimas y luto.

Pero hasta allí la Caridad descende,
al náufrago le infunde fortaleza,
en santa fe su corazón enciende
y derrama la luz de su grandeza.

Con valor sobrehumano,
cuando el gemir del náufrago se escucha,
salva el hombre la vida de su hermano
exponiendo la propia en esa lucha.

Siempre la Caridad está presente,
al huérfano le presta su consuelo,
y al derramar su luz resplandeciente
hace á la tierra convertirse en cielo.

¡Bendita Caridad! ¡Bendita seas!
Por tu influjo las dichas se agigantan,
en sembrar la ventura te recreas,
tus glorias infinitas no se cantan,
pues tus grandezas, numen del que llora,
las graba el corazón y las adora.

NUNCA LO OLVIDARÉ

(MADRIGAL)

No olvidaré el instante misterioso
en que la bella, por quien yo sufría,
dejó las dichas de mi valle hermoso
por los vergeles mil de Andalucía.

Callaron los sencillos ruiseñores
al dar su último adiós, sus labios rojos,
guardó el sol sus dorados resplandores,
rivales de los rayos de sus ojos;
las auras sus caricias suspendieron,
sus rumores el río
y hasta las flores lágrimas vertieron
convertidas en perlas del rocío.

Madrid 1881.

Á MARÍA SANTÍSIMA

Desdichado peregrino
del camino de la vida,
era nave combatida

por inmenso torbellino.
Buscando en vano el camino
me hallé del puerto distante,
esperando vacilante
que dejase una oleada
la frágil nave estrellada
contra la roca gigante.

Me llevó el destino aleve
á caminar entre brumas,
entre sábanas de espumas
y entre montañas de nieve.
Juzgaba mi vida breve
escuchando resonar,
con eterno palpar
engendrado en propio seno,
ya los rugidos del trueno,
ya los rumores del mar.

Noté que el ánimo fuerte
iba perdiendo su brio
y que el pensamiento mío
iba sintiéndose inerte.
Llegó el hielo de la muerte
haciendo su presa en mí,
y en tan triste frenesí,
¡madre de los pecadores!
cercada de resplandores
y en áureo trono te ví.

Astro fuiste que guió
al errante peregrino,

luz que le mostró el camino
que la niebla le ocultó.
Encanto que disipó
con voz de eterna piedad,
la nube en la inmensidad,
en el alma los pesares,
y en el cielo y en los mares
el rayo y la tempestad.

Desde aquel bendito día
mis ojos elevo al cielo
buscando el dulce consuelo
que en el mundo no hallaría.
Desde entonces, madre mía,
tan solo adorarte sé;
que dichoso contemplé
nieves del eterno error,
derretidas al calor
de la llama de la fé.

Murió mi indiferentismo
esclavo de la razón;
las voces de la pasión
perdiéronse en el abismo.
El fatal positivismo
deshecho en el lodo ví,
creyendo dichoso fuf,
y hallé la senda florida
que es senda desconocida
para el que vive sin tí.

Eres rosa de un rosal
que perfuma la existencia,
vaso donde la conciencia
modela su pedestal.
Gala de un cielo ideal
en donde mira el cristiano,
en conjunto soberano,
en consorcio peregrino,
lo grande de lo divino
con lo hermoso de lo humano.

Virgen que halló por morada
cielo, tierra, y corazón,
áncora de salvación,
dulce bien, arca sagrada.
Azucena inmaculada
que es resumen de pureza,
foco de eterna belleza
que el mismo cielo admiró,
y donde Dios reflejó
lo inmenso de su grandeza.

¿Cómo poder expresar
el afecto que me inspira?
Es muy humilde mi lira
y no te sabe cantar.
Mas de la vida al cruzar
los anchos revueltos mares,
yo quisiera en tus altares
depositar con mis flores,
el amor de mis amores
y el cantar de mis cantares.

Mas es mi canto una nota
en el espacio perdida,
una esperanza de vida,
brisa de cadencia ignota,
queja que en los aires flota,
un suspiro que perece,
eco que se desvanece,
neblina que se deshace,
un pensamiento que nace,
un rumor que languidece,

No sé cantar, madre mia,
más tu amor busco avariento,
como la fuente el sediento,
como los ojos al día.
Cuando llegue mi agonía
desvanece mi recelo,
presta á mi pena consuelo,
estréchame en fuerte abrazo;
¡y al dormirme en tu regazo
que me despierte en el cielo!

Archidona 1891.

PERFILES

Detrás de los rosales
de tu ventana,

de tu rostro el hechizo vieron mis ojos
una mañana.

Tu rostro con las flores
se confundía,
y el carmin de las rosas acaso era
rubor de envidia.

Que no tiene en sus galas
la primavera,
rosa de más perfume, ni más encantos,
ni más belleza.

El sol da con sus rayos
vida á las flores,
tú enciendes con tus ojos, llenos de fuego,
los corazones.

Madrid 1893.

INSOMNIOS

No te conozco ya, que el alma mía
el ídolo que amó mira deshecho,
borradas sus auroras de alegría,
muerta la fe que germinó en mi pecho.

Quise llegar á tí, ciego ó demente,
culpa que me halagó cambié en suplicio,

y en aquel cielo azul fija mi mente
no contempló á sus pies el precipicio.

Aún en mi pensamiento está esculpida
aquella aurora de placer extraño;
¡es página del libro de mi vida
que con lágrimas traza el desengaño!

¿La recuerdas? ¡No sé! que otros placeres
harán que olvides mi pesar profundo;
¡sienten de tantos modos las mujeres!
¡saben borrar un cielo en un segundo!

Nos acercó una extraña simpatía
que fundió sin cesar nuestros antojos,
y tu mirada se posó en la mía,
y en secreto se hablaron nuestros ojos.

No pudimos entonces revelarnos
el fuego que en el pecho germinaba,
ni su poder supimos explicarnos,
ni el lazo destrozar que nos ataba.

Una ilusión tan dulce como hermosa
nuestras frentes besó con sus caricias,
vimos un cielo de color de rosa
y un edén esmaltado de delicias.

¿De amor ó de amistad fué aquella llama?
¡quién descubrir pudiera tu secreto!
¡el corazón de la mujer que ama,
es voluble quizás, nunca indiscreto!

Al repetir á Dios mis oraciones
tu imagen virginal me sonreía,
cifré en verte no más mis ambiciones,
y siempre entre mis sueños te veía.

¡Este afán en el alma condensado
no pudo ni pensar ni adivinarte!
¡qué cortos los instantes á tu lado!
¡y qué largas las horas sin hablarte!

Y como el pecho cuando ciego adora
de ilusiones salpica su existencia,
no di paso á la duda tentadora,
ni pude comprender tu indiferencia.

Mas, hoy, cuando descubro tus enojos,
mil pensamientos cruzan por mi frente
y es que he visto miradas en tus ojos
que no las finge un alma indiferente.

Y es que guardo rumores en mi oído
de frases que tu labio ha pronunciado,
que son ecos ardientes del latido
que agita un corazón enamorado.

¿Cómo ese ayer tu corazón olvidada?
¿antes mintió tu labio ó mente ahora?
¿piensa que entre las sombras de la vida
inocente te vi, jamás traidora!

Si al imposible se rindió tu brío,
no mereces la fe con que te adoro,

ni que al brotar el pensamiento mio
mire en tu amor sus ídolos de oro.

Se aparta de mis ojos tu mirada,
y al estrechar tu mano entre mi mano,
no la siento temblar aprisionada,
y el latido de amor espero en vano.

¡Tal vez es mi cariño una locura
que no ha de contagiar tu pensamiento!
¡qué sabe de la agena desventura
quien no probó la hiel del sufrimiento!

¡Hoy, al llorar mis horas de agonía
recuerdo más los goces del pasado!
¡cuántos años de vida te daría
por gozar de ese ayer que has olvidado!

Archidona 1890.

MADRIGAL

Un favor nada más, uno te pido:
deja que ponga tu hechicera mano
sobre mi pobre corazón herido
y juzga mi cariño soberano
sintiendo su latido.
Mas no ocultes, mi amor, tu mano breve

cuando á cogerla llego...
¿Es que temes acaso que la nieve
se derrita al ponerla sobre el fuego?

Málaga 1883.

LA VIDÀ DE LA ALDEA

Allá sobre la tierra que blanquea
cercada por espesos olivares,
donde el céfiro alado juguetea
entonando sus rítmicos cantares,
se recuesta mi aldea,
como gallarda y tímida paloma,
que sus alas plegando,
se duerme al pie de la pintada loma,
del cazador las iras evitando.

Con perlas forma su recinto breve
y juntas todas en la verde falda,
semejan copos de argentada nieve
prisioneros en bosques de esmeralda.

Ven conmigo, Dorinda, nos espera
aquel bosque florido,
que mis primeros juegos percibiera
y á cuya sombra me quedé dormido,

en tanto que la dulce madre mía
velaba atenta mientras yo dormía.

De sus fulgentes luces el tesoro
vierte el astro del día,
y con rayos de oro
dora la inmensidad del horizonte,
el valle perfumado,
el mar azul, el elevado monte,
el blanco caserío
que es corona del bosque dilatado
y las riberas del sereno río
que fecundiza el oloroso prado.

Aquella cruz de piedra
cuyos marmóreos brazos
cubren guirnaldas de la verde yedra
que la aprisiona entre sus dulces lazos,
nos recuerda una historia
que todo un mundo de pasión encierra
y es de trágico amor santa memoria
que transmiten los hijos de esta tierra.

Ven conmigo, Dorinda; penetremos
en la blanca casita,
que al pie de aquellos olmos aparece
en el largo camino de la ermita.

Cubre la puerta la ondulante parra
bajo la cual las mozas y zagales
bailaron al compás de la guitarra.
Las ventanas escalan los rosales

dibujando figuras caprichosas
formadas por un manto de verdura,
donde resaltan nacaradas rosas
ostentando su mágica hermosura.
Parece que la nieve en las paredes
de mi pobre morada
huella dejó de virginal blancura
por el calor y el viento respetada.
La tosca mesa, donde en dulce día
buscó mi juvenil inexperiencia
en los libros que abiertos retenía,
las verdades eternas de la ciencia,
y por hallarlas me esforzaba en vano
pues en aquella edad no comprendía
la pequeñez del pensamiento humano
que entre mundos de dudas se envolvía.

El cuadro de la virgen adorada
que escuchó las primeras oraciones,
que me inspiró mi madre idolatrada
en la edad de las dulces ilusiones:

Allí, el sillón del venerable anciano
cuya honradez consideré el espejo
de mi propia conciencia
y cuyo sabio paternal consejo
logró ser siempre el talismán profundo
que me condujo á playa conocida,
cuando al cruzar el mundo
fui náufrago en los mares de la vida.

Todo está como ayer; tan solamente
es nota extraña mi cabeza cana,
nívea corona de cansada frente
y emblema fiel de mi vejez temprana.

Vén al valle, Dorinda; correremos
como en los dulces días
que nunca olvidaremos
y compendian eternas alegrías.

Verdes higueras de sabroso fruto
aparecen cuajadas,
despertando las pobres ambiciones
de múltiples bandadas
de alegres y parleros gorriones
que el fruto picotean,
ó entonando monótonas canciones
en torno del frutal revolotean.

Mira allí, dominando la llanura,
altivo centinela
que escalando la altura
nuevos espacios abarcar anhela,
el esbelto y hermoso campanario
de la iglesia bendita,
donde por vez primera
y acompañado de la fe infinita
que mi madre del alma me infundiera,
elevé mis sencillas oraciones
inspiradas por mágico cariño
y ageno á las terrenas afecciones
que abrigar puede el corazón de un niño.

Contempla más allá, la clara fuente
cuyo cristal de reluciente plata,
es espejo del cielo transparente
que en su sereno fondo se retrata.

.....

Las ovejas se agitan presurosas,
su apetito saciando
en las hierbas frondosas,
que en su árido camino van hallando,
en tanto que el pastor sigue constante
sus huellas por el prado y por el monte
ó el lebrél vigilante
abarca con su vista el horizonte,
buscando fiel al enemigo osado
que en ocasión propicia,
presa quisiera hacer en el ganado
que inútilmente su ambición codicia.

Allá, el trigo reunido
en confuso montón que el sol colora,
se encuentra prevenido
á sufrir la traidora
caricia de la rústica cuchilla,
que de sus tallos separando el grano
otorga al labrador con la semilla,
de su trabajo el premio soberano.

En la copa elevada de aquel olmo,
que el viento balancea,
un pájaro cantor tiene su nido

y en torno de él se agita y aletea,
por su amor paternal envanecido.
El ansiado alimento
á sus hijuelos, venturoso, lleva
y en las alas del viento
hasta las nubes cárdenas se eleva
rápido como humano pensamiento.

.....

Mi Dorinda querida,
eterno aquí nuestro cariño sea,
adoremos los goces de esta vida,
nuestro amor mejor trono no desea
y hallarás la ventura apetecida
en los dulces encantos de mi aldea.

1890.

MADRIGAL

Dices que esta pasión desesperada
Ante tí se refrena,
Y por hacer lo que á tu gusto agrada
Hago aquello que más te causa pena.
Perdona, vida mía,
Ya que á tus plantas humillado llego,

Mas piensa que el amor es quien me guía
Y piensa que el amor lo pintan ciego.

Málaga 1881.

HASTÍO

Entre viejos papeles que guardaba,
recuerdos de un amigo desgraciado,
esta carta encontré que reflejaba
la historia, harto vulgar, de su pasado:

«¿Quieres saber de mí? ¡Pobre María!
Aun eres tú la amiga verdadera,
que sabe comprender el alma mía,
siendo de mis pesares consejera.

Aun tengo quien dedique una memoria
à un corazón de batallar rendido,
que va à esconder su pasajera historia
entre las densas sombras del olvido.*

La lógica inflexible de los años
à mis ansias de ayer puso medida,
esparciendo sus tristes desengaños
en el largo camino de la vida.

Ya del cansancio el hálito infecundo
á descubrirme el porvenir empieza,
y ya las huellas de pesar profundo
van cubriendo de canas mi cabeza.

Si llegaras á verme no creerías
que era yo el mismo, que en benditas horas,
contigo al compartir sus alegrías
disfrutaba delicias seductoras.

¿Te acuerdas de las tardes del estío
cuando á la clara luz del sol poniente,
en las orillas del callado río
reflejaba tu imagen la corriente?

¿Cuando juntos los dos y enamorados
hinchida de esperanza el alma entera,
recorrimos los bosques perfumados
y la verde extensión de la pradera?

¿Cuando enjugando tu amoroso llanto
besar quise tu mano en mi embeleso,
y esquivaste tu cuerpo y por encanto
en tus labios de rosa quedó el beso?

¿Te acuerdas? ¿Cómo no? si en esos días
cediste á la ventura tu inocencia,
y compendian tus grandes alegrías
y ellos reflejan toda tu existencia.

Bien dijo cierta dama esclarecida,
que amor en la mujer, por más que asombre,

es la historia completa de su vida
y es sólo un episodio en la del hombre.

Sentir el peso triste de los años,
abrir tumba al placer y á los amores,
para el que vive ageno á desengaños,
es el mayor dolor de los dolores.

Mas si con pecho firme y razón fria
se piensa en el ayer, sobrando calma,
¡cuánto tiempo perdido, vida mía,
para la dulce paz de nuestra alma!

Se mira el porvenir más verdadero,
que la edad medicina las pasiones
y es el mejor amigo y consejero
que han podido encontrar los corazones.

Cuando de torpe pensamiento esclava
una duda fatal el alma tiene,
si antes el corazón nos impulsaba,
ahora es el corazón quien nos detiene.

No es que temor de afanes ó de penas
llegue á robar valor á nuestro aliento,
no es que falte la sangre á nuestras venas,
es que sobra experiencia al pensamiento.

Adiós, adiós, no olvide tu memoria
á quien hoy tu recuerdo solicita,
ya que en el breve libro de tu historia,
su página, mi amor, te dejó escrita.

Página que refleja una esperanza
que entrelaza amorosa nuestra suerte,
pues al vencer del tiempo la mudanza
ha de borrarla el hielo de la muerte.»

Segovia 1883

IMITACIÓN

I

De la alegre fiesta
el loco estruendo
cesó de repente
un solo momento.
Sentóse la niña
de los ojos negros,
y unidos temblaban
sus labios de fuego,
cual flor que recibe
el soplo de un beso.
Lascivas matronas
y torpes mancebos,
sus copas alzaban
cantando y riendo
y el aura inconstante
llevaba los ecos
de frases y cantos,

de risas y besos.
Formando contraste,
llorando en silencio
¡qué triste se hallaba, la pálida niña
de los ojos negros!

II

¿Lloraba de amores
el dulce recuerdo?
¿Amantes promesas
guardaba su pecho?
¿Por qué en la mirada
de sus ojos negros,
brillaban de pena
los tristes reflejos?
Era que una tarde
fugaz como un sueño,
oyó las promesas
de un loco mancebo,
y al darle su honra
le dió su contento.
Después olvidada
de amigos y deudos,
en brazos del vicio
buscó su consuelo.
Soñaba venturas
y un olvido eterno
de infaustas pasiones
y amargos momentos.
Mas ¡ay! que guiada
por su error funesto

¡lloraba sin tregua, la pálida niña
de los ojos negros!

III

Pasando una tarde
junto al cementerio;
escuché del bronce
el sonido lento
y en pos del impulso
de un afán secreto,
penetré en la triste
mansión de los muertos.
Cual débil suspiro
el rumor del viento
del asilo triste
turbaba el silencio.
Del sol moribundo
el tibio reflejo
daba á los cipreses
un último beso.
Vi luego un cadáver
en fúnebre lecho,
érase una niña
de rostro de cielo:
sólo un sacerdote
guardaba sus restos,
ni cirios ni flores,
ni amigos ni deudos;
miré tembloroso,
contempléla atento,
y á Dios invocando

noté que en el féretro
¡al fin sonreía, la pálida niña
de los ojos negros!

Madrid 1884.

Á MÁLAGA

(SONETO)

¡Patria del corazón! ¡ciudad querida!
¡edén de azul y transparente cielo!
¡vergel de amores! ¡del pesar consuelo!
¡la perla de los mares bendecida!

A tu dulce recuerdo el alma olvida
las sombras de su amargo desconsuelo,
y despojada de su triste duelo
vuelve otra vez á disfrutar la vida.

En ti se deslizaron lentamente
de mi infancia los cándidos albores
y las pasiones que engendró mi mente.

En ti, no hallé ni llanto ni dolores,
y en cambio tú serás eternamente
el único ideal de mis amores.

1878.

¡ÓYEME!

Húmeda por el llanto ó el rocío
y por contrarios vientos sacudida,
no lejos de mi pobre caserío
hallé una carta que juzgué perdida.

Bajo un dosel de purpurinas rosas
aquella carta sin cesar temblaba,
que al beso de las auras silenciosas
prisionera entre espinas se agitaba.

Alcé el papel; fijé la vista mía
todas sus letras recorriendo avaro,
y hé aquí, mi bien, lo que el papel decia:
de un alma de mujer espejo claro:

«Carlos del alma; el cielo lo dispone;
desnuda la verdad quiero decirte,
dique á mi voluntad el deber pone
y por última vez pienso escribirte.

Mi madre, el solo sér que en este mundo
me quiere con el alma y con la vida,
y cuyo santo amor grande y profundo,
no tiene fin, ni cambio, ni medida,

Me dice que te olvide, que no debo
adorar por más tiempo lo que adoro;
porque conozco que es razón lo apruebo
y sin embargo al escribirte lloro.

Tú no me quieres ya; me has olvidado:
fui sólo una ilusión que duró un día,
sólo una flor que el viento ha deshojado
cuando más arrogante se creía.

¡Triste de la mujer! Siempre en la tierra,
de infiel amor la voluntad le inmoía,
y con la ley del corazón en guerra,
si hay penitencia cúmplala ella sola.

Sólo un favor te pido, si algún día
te ofrece nuevo amor sus vaguedades,
no turbes con sus ecos mi agonía,
no vengas á turbar mis soledades.

Promete este favor, si es que me quieres,
y el alma no me arranques á pedazos.
¡No sabes lo que sufren las mujeres
viendo su amor en los ajenos brazos!

Rompe mis cartas, mis testigos fieles
de constantes promesas é ilusiones,
¡qué le importa romper tristes papeles
á quien sabe romper los corazones!

Yo te quiero olvidar, pero no puedo,
y por lograrlo al fin me esfuerzo en vano:

¡a mi propia pasión le tengo miedo!
¡cuán débil es el corazón humano!

Y la carta recuerdo por tí escrita
que guardo cual dulcísimo tesoro
y la primera misteriosa cita,
y aquel encanto del primer «te adoro».

Recuerdo, sí, cuando de amores loca,
embargados de dicha los sentidos,
me acercastes á tí, besé tu boca
y aún resuena ese beso en mis oídos.

Y la dorada trenza que de amores
dijiste ser la prenda más querida,
y las humildes marchitadas flores
que ofreciste guardar toda tu vida.

Y pienso en los enojos pasajeros,
que vida son de la amorosa historia
y en mis celos, amargos consejeros
que vuelven otra vez á mi memoria.

¿Mas á qué recordar nuestro pasado?
Pues nos separa al fin la suerte airada
quede tanto recuerdo sepultado
y vive tú feliz, yo desgraciada...»

La carta misteriosa así decía,
pues en el pliego aquel no terminaba:



—¿Aquella desdichada quién sería?—
contemplando el papel me preguntaba.

¿Quién puede adivinar? Grande y profundo
es el enigma de la historia aquélla,
¡hay tal misterio en el amor del mundo
y tantas desgraciadas como ella!

De mi mente el recuerdo no se aparta
y miro aquellas letras una á una,
al repetir llorando aquella carta
al dulce rayo de la blanca luna.

Madrid 1883.

DISECCIÓN

Tendida estás sobre la dura losa,
que es la cruz del Calvario de tu vida,
semejando tu cuerpo blanca rosa
de marchitos rosales desprendida.

No te infirió la muerte sus agravios
y ante tu rostro se humilló sumisa;
que al besar los corales de tus labios
ni te robó siquiera la sonrisa.

Por pasajera dicha deslumbrada
a triste senda te llevó la suerte,
y en el mar de los vicios arrojada
harto temprano te besó la muerte.

Ya desgarran tu cuerpo; ya la ciencia
colma en tí su poder que es infinito,
y busca en tus entrañas la experiencia
confirmación bastante de un delito.

Quien fué tu amigo, de amargura lleno,
destroza sin piedad con mano aleve,
los nacarados globos de tu seno
donde uni6se la rosa con la nieve.

Muestra tu corazón y en mi quebranto
yo me pregunto con tenaz empeño,
¿cómo puede encerrar cariño tanto
un corazón que miro tan pequeño!

En él se condensaron tus dolores,
tus suspiros, tus quejas, tus cantares,
y dió cuna al amor de los amores,
y dió vida al pesar de los pesares.

¡Tu cerebro! Pasiones, sentimientos,
en su constante soledad lucharon,
y tristes ó amorosos pensamientos
en su cóncavo seno se engendraron.

¿Esos tus ojos son? ¿Quién me diría
reflejasen un tiempo esos despojos,

la luz crepuscular del Mediodía
flotando en los cristales de tus ojos!

Cumplió la ciencia su misión tirana:
¿qué dejó de tu espléndida hermosura?
un informe montón de carne humana
al borde de profunda sepultura.

Ayer oro, placer, vinos y amores,
dulces sueños de dicha apetecida,
y una aurora de mágicos colores
disipando las nieblas de tu vida.

Mañana soledad, quietud y olvido;
nadie por tí derramará su llanto,
y un nombre más existirá escondido
en las sombras del triste camposanto.

.....

Será el eterno sueño, la victoria
que has obtenido en la mandana guerra;
al cubrir el olvido tu memoria
como tu cuerpo cubrirá la tierra.

Nadie en tus restos ya, fija sus ojos,
y sólo alteran la imponente calma,
una madre que abraza tus despojos
y un extraño que reza por tu alma.

¡PADRE MÍO!

6 FEBRERO 1883

Yo que cantando vivi
amor, dichas y pesares,
cantarte no pretendí,
que nunca hallé mis cantares
dignos ¡oh, padre! de ti.

Hoy que entre escarchas de llanto
nieves de la vida siento,
á ti se eleva mi canto
como un suspiro que el viento
arrebata á mi quebranto.

Como por ley necesaria
siempre en el mar muere el río,
mezclados con mi plegaria
van mis cantos, ¡padre mío!
á tu fosa solitaria.

Que muertas mis alegrías,
disipada mi ilusión,
entre eternas agonias

nido busca el corazón
bajo tus cenizas frías.

Quiere el alma despertar
al recuerdo del ayer
y palpita al recordar
largas horas de placer
que es imposible borrar.

¡Guardo un desprecio profundo
para ese mundo que ríe
de lo grande y de lo inmundo!
¡sin que tu mano me guíe
qué de espinas tiene el mundo!

¡Contra la maldad luché,
á toda ventura ajeno,
y en el combate triunfé!
¡tú me enseñaste á ser bueno
y así he luchado con fe!

¡En este mar borrasco
en vano busco la calma!
¡mas ya no lucho afanoso,
que también se cansa el alma
de combatir sin reposo!

En la humana confusión
haz que débil no sucumba
y que al morir la ilusión
busque y encuentre en tu tumba
un rayo de inspiración.

Te lo pido, ¡padre mío!
por las inmensas delicias,
fuentes de santo rocío,
que dejaron tus caricias
en mi corazón sombrío.

Por aquel beso candente
que pusistes al morir
sobre mi mejilla ardiente,
que hizo mi sangre subir
del corazón á la frente.

Por aquel bendito hogar,
cuna del noble placer
que halla en la virtud su altar,
en donde aprendí á querer,
y donde aprendí á rezar.

Y por mi madre querida,
que iluminó mi conciencia,
tu compañera escogida
en el bien de tu existencia
y en las penas de tu vida.

¡Rayos del edén perdido!
¡recuerdo de dulces años
que no sepulta el olvido
en el mar de desengaños
donde lucho sumergido!

Tu espíritu vive en mí
y mi recuerdo constante

con mi llanto te ofreci;
¡aunque no hay llanto bastante
para verterlo por ti!

Me diste en la religión
el más sagrado consuelo
y á ella torna mi razón;
¡bendíceme desde el cielo,
padre de mi corazón!

Si á ti mi canto elevé
en alas de mis pesares,
sagrado mi canto fué;
¡al eco de mis cantares
haz que despierte mi fe!

6 Febrero 1894.

CONFITEOR DEO

Ansiosa, vacilante, demudada,
diciendo tus pecados con voz grave,
ante aquel sacerdote arrodillada
te vi, del templo en la espaciosa nave.

¡Te escuché suspirar! ¡Vi que llorabas!
cubrió un extraño fuego mis mejillas,

y queriendo saber lo que tú hablabas,
cerca de ti, me puse de rodillas.

Fué pecado, hice mal, lo sé y lo digo,
pero pienso, aliviando mis temores,
que al pecado de un loco no hay castigo.
y yo me hallo por tí loco de amores.

¿Qué dijiste? Mis celos, mi despecho,
tus palabras curaron aquel día,
una por una las grabé en mi pecho...
mira si las recuerdo ¡vida mía!

«Óigame, Padre, su piedad reclamo,
soy pecadora, rara hasta el extremo,
¡a Dios ofendo cuando más le amo,
de Dios me olvido cuando más le temo.

¿Es extraño, verdad? Los corazones
cifran en estas luchas sus placeres,
¡si viera lo que pueden las pasiones!
¡si viera el corazón de las mujeres!

Desconocer la enfermedad no tema,
que presto de apreciarla hallaréis modo
y siempre encontraréis igual problema:
un hombre y un amor; ahí está todo.

La mirada, un suspiro, una voz, labra
el fiero amor que en nuestros pechos arde
y la razón no dice una palabra,
que cuando llega á hablar es siempre tarde.

¿De qué sirven encierros ni cerrojos,
si puede arrebatarse la dulce calma,
porque el amor penetra por los ojos
y busca el corazón y llega al alma?

¡Le vi! Mi suerte en su crueldad lo quiso
para hacerme después muy desgraciada:
soñaba con la luz del paraíso
y la hallé en el fulgor de su mirada.

¡Triste noche! pesar, quejas y agravios
esclavizaron todos mis antojos,
quise rezar y no moví mis labios,
quise dormir y no cerré mis ojos.

¡Pecado era su amor! ¡Su pasión mucha!
y mientras más obstáculos nacían
era más grande la tremenda lucha
que nuestras pobres almas escondían.

Fue vano resistir, que nada amengua
pasión que al maldecirla acrecentamos,
y hablando más los ojos que la lengua
sin poder resistir, nos adoramos.

Antes de verme á mí, la fe perdida,
olvidando del todo sus deberes
apuraba los goces de la vida
en el seno de lúbricas mujeres.

De la moral del siglo partidario,
creyó vano el honor, torpe el cariño,

y en la senda del vicio, temerario,
al peligro retó, desde muy niño.

Del amor maternal la dulce calma,
nunca, por necio error, vino en su ayuda.
era un mundo sin luz, cuerpo sin alma,
sepultado en las nieblas de la duda.

¡No le debí querer... mas le quería!
y ocultamos al mundo estos amores,
por ser preciso torpe hipocresía
en esta sociedad llena de errores.

Al fundir este amor, nuevos desvelos,
dominar consiguieron sus antojos
y vislumbró las dichas de los cielos
a través de los rayos de mis ojos.

Desterrando sus vicios aquel hombre
en nueva senda penetró seguro,
y aquel afecto, aunque á los más asombre,
acepté por sencillo, casto y puro.

De sus pasadas horas el hastío
lo trocó por venturas no soñadas,
y pasamos las horas, Padre mio,
cambiando sin cesar nuestras miradas.

Necedad llamarán esta cordura,
mas los que albergan tales opiniones
ni saben que es amar, ni que es ventura,
ni pueden apreciar los corazones.

Yo le idolatro, Padre, yo le quiero,
y sé que por mi afecto sostenido,
ha de ser de este amor el prisionero
y su vida de ayer dará al olvido.

Pero yo sé también que un lazo eterno
vela á su amor con nieblas de pecado,
y no puedo elegir en este infierno
que Dios á mi conciencia ha presentado.

Si alimento su amor el vicio evito,
mas de pecar no deja, por amarme,
¡siempre existen las sombras del delito
y siempre la conciencia ha de culparme!

¿Acepto el menor mal? ¿Este amor mío,
que en otra situación fuera tan puro
como la blanca gota de rocío,
puede de sus errores ser conjuro?

Esta es mi duda, Padre, esta es la duda,
que aniquila á esta pobre pecadora,
y si vuestra bondad no le da ayuda
presto verá llegar su última hora.

Recordad que las luchas materiales
en mi pasión no viven escondidas
y amor fundió, con dichas ideales
en una, nada más, nuestras dos vidas.»

Callaste, y un suspiro, dulcemente
el pecho levantó del triste anciano,

murmuró una oración, bajó la frente,
y débil la apoyó sobre una mano.

¿Qué te dijo? ¡No sé! Jamás acabas
de decir, lo que vivo sospechando,
pues al salir del templo tú llorabas,
y quedó el sacerdote meditando.

Málaga, 20 Marzo 1885.

¡PROGRESO!

I

Tiende tus alas de gloria;
abre tus hercúleos brazos;
funde en cariñosos lazos
á los hijos de la historia;
suene el canto de victoria
que otros siglos han de oír,
al contemplarte surgir
como luz clara y divina
que los mundos ilumina
y abrillanta el porvenir.

II

Tu trono está sostenido
por supremos ideales,

por los timbres inmortales
que el tiempo no ha destruido:
por misterioso latido,
que al brotar del corazón,
hace vibrar la razón
y engendra un ansia infinita,
que vive en el alma escrita
y late en la inspiración.

III

¿Quién te anuncia? La verdad,
cuna del amor profundo,
asilo te ofrece el mundo,
escabel la humanidad:
sol de eterna claridad
á tus conquistas rodea,
sembrar el bien te recrea,
tu fulgor la ciencia obtiene,
el trabajo te sostiene
y te hace eterno la idea.

IV

Tus grandezas pregonando,
la fugaz locomotora
es de los campos señora,
las distancias estrechando:
ya va los pueblos cruzando,
ya atraviesa el bosque espeso,
ya venciendo al retroceso
es heraldo envanecido

que anuncia con su silbido
las conquistas del *Progreso*.

V

Esa chispa que conduce
á distancia el pensamiento;
el eléctrico portento
que la frase reproduce;
foco que en la noche luce,
densas sombras al vencer;
las naves al recorrer
el mundo de zona á zona...
¡todo tu gloria pregona!
¡todo ensalza tu poder!

VI

En vano el obscurantismo
socaba tu pedestal,
que eres coloso inmortal,
que encuentra vida en sí mismo.
Deshaces el fanatismo
con rayos de inspiración,
y muestras á la razón
cómo se pueden fundir,
el ayer y el porvenir,
la ciencia y la religión.

VII

Caminas siempre adelante
y rechazarte es en vano:
¿quién detiene al Océano
si se revuelve gigante?
¿quién sujeta al fulgurante
rayo al cruzar por la esfera?
¿quién de la borrasca fiera
vence la fuerza infinita?
¿quién sus furoros limita?
¿quién detiene su carrera?

VIII

Paso tienen que dejar
á tu omnimodo poder
aquellos mismos que ayer
te quisieron humillar.
A tus glorias un altar
el alma ansiosa levante,
el pueblo tus glorias cante
y exclame en su gratitud,
¡adelante, juventud!
¡humanidad, adelante!

IX

Huyan sombras de terror
ante tu vuelo fugaz,
vierta el ángel de la paz
dulces tesoros de amor,

no encuentre abrigo el rencor,
y la ignorancia malvada
se revuelva despreciada
sin sentir humana ayuda,
maldita como la duda,
como la duda humillada.

X

El eco de tu grandeza
se repite en el espacio,
llega hasta el rico palacio
ó asalta la fortaleza.
Funde humildad y riqueza,
recorre selva y colina,
ciudad y campo domina,
entre espesas nubes vaga,
y es luz que nunca se apaga,
y es sol que siempre ilumina.

XI

Tu imperio al consolidar
necesario es no temer,
preciso amar y creer
y discutir y luchar.
Lluguemos á armonizar
tendencias que son hermanas,
y que hoy se encuentran lejanas
por separar su camino
el inmenso torbellino
de las pasiones humanas.

XII

¿Por qué han de verte, por qué,
las nuevas generaciones,
destruyendo religiones
y emponzoñando la fe?
Probemos que en ti se ve
todo lo grande reunido,
algo, ayer desconocido,
mucho, mal interpretado,
¡con verdades del pasado,
cuantas la ciencia ha reunido!

XIII

Soldados de tu poder,
no habrá obstáculo ni valla
que logren en la batalla
nuestro ardimiento vencer.
Luchemos hasta obtener
triunfo completo, inmortal,
y al pie de tu pedestal
grave nuestra fortaleza:
«Gloria á la eterna grandeza
del *Progreso Universal!*»

Madrid, Julio 1891.

EN EL CEMENTERIO

En medio de anchas cintas
de espesos olivares,
cercada de altos muros
que el tiempo respetó,
y hallando gratas sombras
en olmos seculares
se encuentra de los muertos
la fúnebre mansión.

Sobre la vieja puerta
que el huracán agita
tiende sus férreos brazos
desvencijada cruz,
y rozan con sus alas
aquella cruz bendita
las aves que aletean
en el espacio azul.

Brotando entre ruinas
frondosa enredadera,
de azules campanillas
los muros coronó
y al columpiar sus tallos

la brisa pasajera,
sus besos deposita
en un rayo de sol.

Bordado está el recinto
por franjas de colores,
que esmaltan una alfombra
de inmensa majestad,
y el roce no se escucha
del viento entre las flores,
que el sueño de los muertos
parece respetar.

En pie, junto á la azada,
viejo sepulturero
contempla indiferente
la tétrica mansión,
sin que el temor altere
sus músculos de acero,
ni aquel rostro más frío
que el muerto que enterró.

Cerca y al pie del muro,
que roba cauteloso,
tornando en triste sombra
del sol la clara luz,
se ve una losa blanca
y un sauce misterioso,
entre esparcidos restos
de fúnebre ataúd.

La cruz que nos señala
la humilde sepultura,
parece que al viajero
demanda una oración,
y el álamo al cimbrarse,
y el sauce si murmura,
recuerdan del que muere
el prolongado *adiós*.

Del triste campo santo
la misteriosa calma,
al hombre le revela
de Dios la majestad,
los ojos se humedecen,
y brotan en el alma
las fértiles semillas
de amor y de piedad.

Alli está de mi madre
la tumba solitaria,
regada tantas veces
con perlas del dolor,
a donde siempre envía
el labio su plegaria,
el alma su recuerdo,
su pena el corazón.

Miro en la blanca losa
su nombre venerado,
que un cielo me refleja
de dicha y de bondad
y en el vecino valle

el ruiseñor alado
parece que mi pena
pretende acompañar.

¡Ay, madre, madre mía!
crisol de mis amores,
en vano con mis besos
te quiero revivir,
en vano es que te ofrezca
mis más hermosas flores
como en las dulces horas
gozadas junto á ti.

Repito ya tu nombre
sin que tu grato acento,
con su dulzura apague
el eco de mi voz,
no gozo las delicias
de casto pensamiento,
sintiendo junto al mio
latir tu corazón.

¡Ay, madre, madre mía!
si allá en la sepultura
se escucha del que llora
el triste sollozar,
tu beso y mis suspiros
fudiéndose en la altura,
recorrerán unidos
la azul inmensidad.

¡IMPOSIBLE!

Destruyendo en su lucha el pecho mío
combaten en mi sér fuerzas hircanas,
ostentando el salvaje poderío
de las rudas tormentas africanas.

Espartano valor tener quisiera,
libertad dando á la pasión que encierro;
ó tener bravo corazón de fiera,
ó tener fuerte corazón de hierro.

Forma humana á este amor que se agigan-
quisiera concederle de repente [ta,
para ahogar en mis manos su garganta,
ó hacer saltar en átomos su frente.

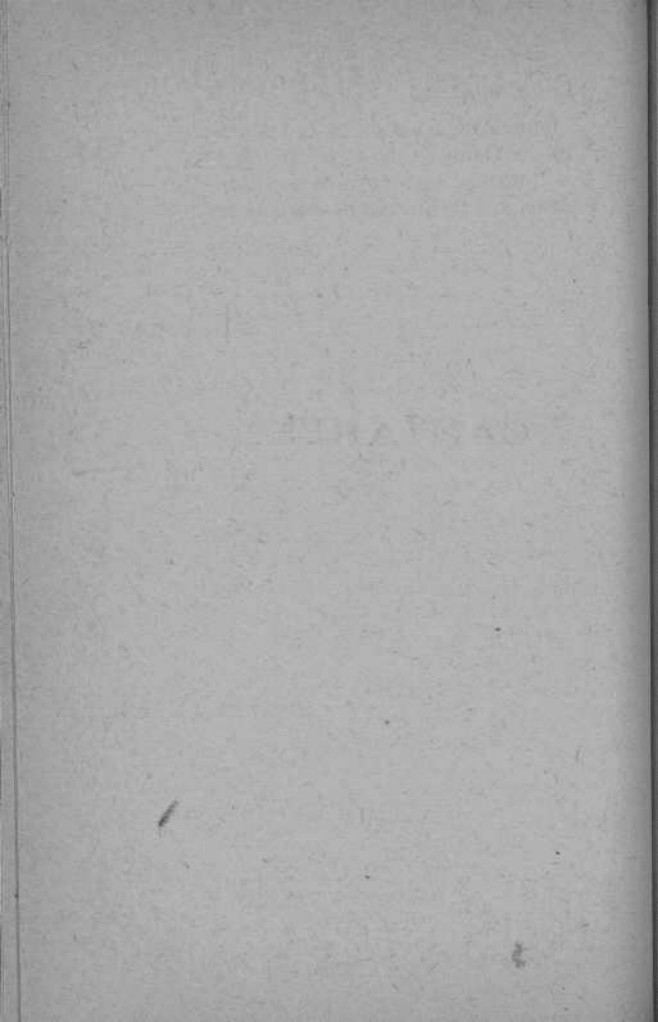
¿De qué sirve del hombre la grandeza
si no puede humillar un sentimiento,
si no halla en la razón su fortaleza,
si no mata, al nacer, el pensamiento?

Quise olvidar y me sentí cobarde,
la fe he buscado y la sentí perdida,
¡para retroceder era muy tarde!
¡es tan corto el camino de la vida!

¡Me llevó al imposible el idealismo
y ya ni aun compasión el alma invoca!
¡suicida que se arroja en el abismo!
¡náufrago que se estrella en una roca!

Madrid 1888.

CANTARES





Sr. D. Narciso Díaz de Escovar ⁽¹⁾

MI QUERIDO PAISANO.

Has tenido una atención conmigo que no sé cómo agradecerte: la de rogarme una carta prólogo en tu hermoso libro de cantares. Ellos son expresión sincera de los distintos estados de tu alma. Cuando en tu despacho de Málaga, hará cosa de ocho años, empezábamos á escribir, yo versos que tú me corregías, y tú coplas preciosas, para enterarme de tus impresiones durante el día, me procuraba los cantares que habías escrito; ellos reflejaban, de modo admirable, tus emociones.

Aquellas coplas, no sé cómo, fueron á poder del público, no en forma de libro, sino sueltas rodando de fiesta en fiesta y de boca en boca.

(1) Reproducimos esta carta publicada al frente de otra edición de *Cantares* del Sr. Díaz de Escovar.

Cantar tuyo hay que he escuchado en feria de Sevilla, he vuelto á oír en feria de Jerez, he escuchado al son de una guitarra en Cádiz, y yo mismo he cantado en nuestras noches de alegría de Málaga.

No sé lo que tienen las coplas tuyas; nacen, abren las alas, y vuelan. Así dice Ruíz Aguilera que ha de ser el cantar para ser bueno.

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere,
volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

Muchas veces me sirven para recordar el país tus cantares. Uno me trae á la memoria el arabesco de una cancela sevillana: otro me recuerda un patio de Córdoba; en este creo oler á albahaca, *albajaca*, que decimos los andaluces netos, aspirando la h; en aquel veo, con la imaginación, el brillante arriate de flores, y en todos percibo algo típico de la tierra: la reja, la alcarraza, las campanillas, los limoneros, ¡qué sé yo!

Cierro los ojos después de haber leído tu libro, y veo los tipos percheleros y trinitarios, las escenas en el jardín techado por la parra, las calles del ba-

rrio de Santa Cruz, el alminar sarraceno de la Giralda, y la parranda cuando va dejando sentidas coplas en las rejas.

Perdóname; ya que te escribo en la intimidad, he de decirte que una copla tuya me sabe á vino *Perojimén*, otra á *Málaga* rancio, ésta á *Solera* oloroso, aquélla á *Manzanilla* ligera y alegre, y alguna al llamado *Gotas de oro* que crían las viñas jerezanas.

Y basta de locuras, siquiera sean dichas á tí solo.

En serio, sólo te haré advertir lo lejos que estarían de imaginar los poetas retóricos de fines del pasado siglo y de principios de éste—todavía queda algún rezagado—lo lejos que estarían de imaginar que sus odas, las cuales contenían el entusiasmo *construido* á fuerza de paciencia y de rebuscar friamente palabras, que sus composiciones, obras de un artífice, pero no de un poeta, habían de borrarse de nuestra memoria, y que el cantar, la copla brotada, fresca y viva, del cerebro del pueblo, había de dar norma de sinceridad á la poesía lírica y había de enseñarle á ser ingenua y franca.

Heine hizo poesías vaciadas en el molde breve de la copla y creó un género especial de rimas; Becquer se

aproximó al cantar en lo sincero y despojado de artificio; Trueba las hizo muy bellas; Fernán Caballero las intercaló incesantemente en sus libros; Aguilera escribió coplas admirables; Ferrán las hizo bellísimas, acaso con demasiada enjundia; Cano las ha escrito más satíricas que francas; Palau, lo mejor que ha hecho han sido las coplas; y tú eres un maestro en el arte de escribirlas.

Ellas son principalmente las que, á pesar de vivir tú en una provincia, han hecho conocido tu nombre en Madrid y en toda España. Más que tus infinitos premios en certámenes, y que tus obras teatrales y que tus artículos, te han dado á conocer las coplas, esas coplas que escribes, agolpando toda el alma á la pluma, como cuando dices:

Hay penas que pasan
y penas que duran;
¡la de verse en el mundo sin madre
no se acaba nunca!

Te repito mis expresivas gracias por tu atención; y sabes cuanto te quiere tu amigo, paisano y compañero

SALVADOR RUEDA.

Madrid.



CANTARES

Quiero no verla y la veo,
quiero no hablarle y le hablo
¡y vuelven las esperanzas
detrás de los desengaños!

Quisiera que me quisieses
lo mismo que yo te quiero;
¡para hacerte que bebieras
la misma hiel que yo bebo!

El valor para mentir
te fué muy fácil hallar,
y te falta ese valor
para decir la verdad.

Siempre en el mismo lugar
preparando la asechanza
y forjando las sonrisas
para arrancarme las lágrimas.

Podrá ser mi corazón
un jardín lleno de flores,
pero siento las ortigas
y no quiero que las toques.

Tú me escribistes con sangre
y yo te escribí con lágrimas
¡esa es la tinta que usan
para escribirse las almas!

Aparta siempre del fuego
á la mujer que bien quieras,
mira que las chispas saltan
de donde menos se piensa.

Por la cuesta del olvido
es muy difícil subir,
¡cuando se llega á la cumbre
se comienza á ser feliz!

Mucho á la muerte he temido
y ahora la muerte deseo;
¡qué dulce será la muerte
si me la das en un beso!

Si te echa la bendición
el cura de mi parroquia,
se le olvidan los latines
y sólo dice:—¡Qué hermosa!

Van siendo mis esperanzas
como las olas del mar,

¡para cambiarse en espuma
unas vienen y otras van!

Dios hizo libre tu alma
para querer en la tierra;
¡el mundo le puso leyes,
y el alma las pisotea!

Desde que estás en el pueblo
el sol no quiere salir
y es, morena de mi vida,
que tiene celos de ti.

Al pie de aquel juramento
con sangre estaba tu firma,
¡también la sangre se borra
como se borra la tinta!

Anda muy despacito,
con tiento anda,
mira que si tropiezas
nadie te salva.

Si me quieres encontrar
debes procurar buscarme,
caminito de tu casa
ó rondando por tu calle.

No temas que tus desdenes
lleguen á matar mi alma,
¡aún me quedan muchas penas
y me quedan muchas lágrimas!

Te di con mi voluntad
la vida y el alma entera;
¡de haberlas puesto en tus manos
ojalá no me arrepienta!

Una mujer me persigue
y me mata poco á poco,
¡que no hay leyes que castiguen
la mirada de unos ojos!

Desde que á mi serranilla
llevaron al cementerio,
la tierra del camposanto
cuando la piso la beso.

Estas fatigas que sufro
no he podido averiguar,
si nacen de que te olvido,
ó de que te quiero más.

La escala de los amores
tiene muchas escaleras,
y hay quien piensa que las baja
cuando á subirlas empieza.

Cuando tus ojos paseas
y te encuentra el campanero,
al campanario se sube
y empieza á tocar á fuego.

No temas porque tus labios
vayan perdiendo el color,

ya se encenderán el día
que nos besemos los dos.

Del corazón, perchelera,
quiero hacer un carpintero
para que me haga una caja
donde enterrar tu recuerdo.

Voy á llevar albañiles
muy cerquita de tu casa,
para que me hagan la mía
en frente de tu ventana.

El arroyo que ella cruza
cuando viene en busca mía,
parece que se detiene
á mirarme con envidia.

Mira, niña, como tiembla
esa flor sobre tu pecho;
es el aire quien la mueve,
pero el aire de mis besos.

No me importa que tu reja
la encuentre siempre ocupada,
si tengo mi rinconcito
en el fondo de tu alma.

Un suspiro de mi pecho
se ha perdido por el mundo,
buscando una perchelera
á quien contar lo que sufro.

Nunca he rezado á esa Virgen
con el fervor que ahora rezo,
y es que sé que tú la quieres
lo mismo que yo la quiero.

Como nubes de verano
van siendo mis esperanzas,
que pasan pronto, muy pronto,
y pasan vertiendo lágrimas.

Cuando preguntan por ella
sale de mi alma una voz,
que le dice á todo el mundo
que vive en mi corazón.

Dos fatigas sufre el hombre
que te desprecia, mujer;
al despreciarte primero
y al adorarte después.

Yo vi tus ojos abrirse
una mañana de Agosto
y se iluminó la tierra
cuando se abrieron tus ojos.

Persiguiendo el contrabando
vive aquel carabinero
y se deja el de su casa
por perseguir el ajeno.

Tierrecita de su tumba,
violetas del cementerio,

desde que murió mi niña
con mis lágrimas os riego.

De tanto llorar por tí
tengo mis ojos enfermos,
¡lágrimas han de curarlos
que ya agolpadas las siento!

Hasta las nubes del cielo
traidoras para mí son;
¡pues no dejan que te vea
cuando te quiero ver yo!

Mejor vida ya no quieren
las rosas del cementerio,
pues ofrecen á mi niña
sus perfumes y sus besos.

A los ojos de tu cara
van á formar un proceso,
por matar á corazones
que jamás los ofendieron.

Tu cariño y mi cariño
son dos cariños gemelos,
que tienen las mismas penas
y los mismos pensamientos.

Ya ves si me quieres menos
y de mi querer te olvidas,
que ya ni lloras mis penas,
ni sientes mis alegrías.

Un beso me has ofrecido
y es prometerme ese beso,
como prometer la gloria
á quien vive en el infierno.

Empezó por un capricho,
después por orgullo fué,
¡ahora, va en ello mi vida,
ya ves si lo desearé!

Quiero ser fraile cartujo
y la soledad deseo;
¡viviendo en tu corazón
que más soledades quiero!

Ya ves tú si este cariño
será puro y será grande,
que mezclo en mis oraciones
con tu nombre el de mi madre.

Cuando paso por la pila
donde te hicieron cristiana,
pienso que te has vuelto hereje
desde que tan mal me tratas.

Para causar grandes daños
bajó un rayo desde el cielo,
pero se halló con tus ojos
y se deshizo al momento.

Si de acuerdo se pusieran
aire, tierra, mar y fuego

para que yo te olvidara,
te seguiría queriendo.

Firmamos una escritura
de no olvidarnos jamás,
yo por gusto de cumplirla,
tú por gusto de faltar.

Mira siempre aquella estrella
que luce en el cielo azul,
¡piensa que la estoy mirando
siempre que la mires tú!

Cuando pasa por el puente
que hay camino de su casa,
todas las aguas del río
se detienen á mirarla.

Quisiera tenerte siempre
donde ninguno te viera,
en casa sin miradores,
sin ventanas y sin puertas.

El beso que ibas á darme
envidiaron cielo y sol,
se ocultó el cielo entre nubes
y entre las nubes el sol.

Tres noches con sus tres días
siempre esperando aquel beso;
¡un siglo cada minuto,
un año cada momento!

Quisiera saber las calles
por donde pasa mi niña,
por ir derramando besos
en cada piedra que pisa.

No olvides aquella barca,
aquella noche sin luna,
y aquellos sueños de amores,
que no han de cumplirse nunca.

¡Necesito mucha luz!
¡no te quites de tu reja!
¡pues mientras tú no te quites
me han de alumbrar dos estrellas!

Vas siendo muy mal profeta
pues siempre me profetizas,
que van á acabar mis penas
¡y se aumentan cada día!

Ya no hay gotas de rocío
en las rosas de mi huerto,
¡son lágrimas que derraman
al ver lo que estoy sufriendo!

Van marcando los minutos
que me tienes á tu lado,
¡las fatigas que padezco!
¡las lágrimas que derramo!

Enamoré á cuantas vi
y tú entonces me adorabas,

¡ahora te quiero á ti sola
y me destrozas el alma!

Quiero alejarme de tí
para salvar á mi alma,
y á cada paso que doy
me acerco más á tu casa.

Un hábito hacerme quiero
para que con él me entierren,
negro como son tus ojos,
mis penas y tus desdenes.

Al doblar aquella esquina
un beso pensaba darte;
¡qué inoportuno que estuvo
el sereno de tu calle!

Por este mismo sendero
fuimos juntos á tu casa,
¡cada paso me recuerda
un beso y una mirada!

Quiero saber en tus ojos
si tu cariño se va;
las veletas dan las vueltas
con mucha facilidad.

En el árbol del cariño
eres como la hoja vieja,
que cuando más se encampana
viene el aire y se la lleva.

Dos amantes que se quieren
nunca están de buen humor;
¡cuando les faltan los celos
los inventa el corazón!

Me parece que se burla
la luna cuando nos mira,
recordando aquella noche
en que pude hacerte mía.

A los mares del olvido
tengo arrojada la llave;
¡no temas que este secreto
pueda robármelo nadie!

La vida de mis amores
fué la vida de una rosa,
¡al primer beso del sol
se marchitaron sus hojas!

Dos estrellas se han perdido
y las buscan en la tierra,
¡como tus ojos se abran
parecerán las estrellas!

Siempre que miro á la luna
de aquella noche me acuerdo,
en que á través de una nube
sorprendió nuestro secreto.

Mucho reñimos los dos
recorriendo aquel camino,

¡quién pudiera á todas horas
volverlo á pasar contigo!

Con la sangre de mis venas
voy á poner un letrero,
que le diga á todo el mundo:
—No hay amor donde no hay celos.

Un girón al cielo azul
los ángeles arrancaron:
¡de ese pedazo de cielo
están tus ojos formados!

¡Hojas de la margarita
que su mano deshojó,
no le digáis á la gente
nuestros misterios de amor!

Murmurando están de ti
todas las rosas del campo,
¡porque el color y el perfume
dicen que les has quitado!

Cuando el cura alzó la hostia
llorando le pedí á Dios,
que llegaras á quererme
igual que te quiero yo.

Sólo un favor te suplico
al darte mi escapulario,
que pidas por mí á la Virgen
cuando la besen tus labios.

No te acerques, mala sangre,
que ya me tienes esclavo
y besando las cadenas
que yo mismo me he forjado.

De la perdición que llega
sin que se pueda evitar,
está teniendo la culpa
quien ha de sentirla más.

El pensamiento en amores
forma castillo muy alto,
y hace un santo de un demonio,
y hace un demonio de un santo.

Años de vida daría
sólo por mirar de nuevo,
los colores que encendió
en tu rostro el primer beso.

La prudencia y el cariño
siempre viven en pelea,
¡cuando cariño me pidas
nunca me pidas prudencia!

Me dijo una margarita:
—Con ella serás feliz.—
¡Hasta las flores del campo
nos enseñan á mentir!

Siempre que toquen á muerto
piensa, serranilla, en mí,

que me muero poco á poco
viviendo lejos de tí.

Repicaron las campanas
en el Carmen y en San Pablo,
al salir mi perchelera
por las calles de su barrio.

Empezó un sabio á querer,
y dejó un tonto de amar,
y empezó el tonto á aprender
y empezó el sabio á olvidar.

Un sabio que nunca amó
dió un consejo á mi morena,
ella olvidó su consejo
y él no se olvidó de ella.

Llegaron todos aquellos
que nos cercaban ayer,
¡como me faltabas tú
que solito me encontré!

Ya tus temores no son
los de una niña inocente,
¡ya dejó en tu corazón
su veneno la serpiente!

Como un ángel te veía
entre mis sueños, ayer;
¡hoy que pensé hacerte mía
cambió el ángel en mujer!

Se dice que un camposanto
te propones construir,
para que entierren á todos
los que se mueren por tí.

Guardo la flor que envidiosa
cayó desde tus cabellos,
al ver unidas dos almas
en las cadenas de un beso.

Los cantares de mis labios
van saliendo poco á poco,
del mismo modo que salen
las lágrimas de mis ojos.

A la entrada de tu calle
he visto una cruz de piedra,
¡primera cruz que señala
el Calvario que me espera!

Cuando hay gente que nos mira
tan lejos de tí me hallo,
como cercano me encuentro
cuando á solas nos hablamos.

Cuando dos que se han querido
se encuentran en una calle,
ni saben lo que decirse,
ni saben como mirarse.

Entablé conversación
con unos ojos muy negros,

y me llamaron su esclavo,
y yo les llamé mis dueños.

Esos labios me han jurado
que la muerte me darán,
si con un beso se mata
¿por qué tardan en matar?

Cuando paso por tu casa,
como si fuera una iglesia,
siempre me quito el sombrero
y rezo porque me quieras.

Hay un camino muy largo
desde tu casa á la mía,
es de flores cuando voy,
y cuando vengo de espinas.

Por los mares de la vida
Hevé mi amor en secreto,
que el amor puede ocultarse
hasta que brotan los celos.

Besé, sin arder mi sangre,
á muchos labios de fuego,
á ti te besan mis ojos
y doy el alma en el beso.

Cuántas penitas sufrí
por despertar tu cariño,
y ahora sufro más, morena,
para conseguir tu olvido.

Quieres que escoja, morena,
entre mi madre y tu madre,
¡al escoger he dudado!
¡mira tú si seré infame!

No cambio mi escapulario
por un millón de millones,
que allí me guarda tu rizo
la Virgen de los Dolores.

¡Quién pudiera como tú,
estrellita de los cielos,
al alumbrar su camino
irla mirando de lejos!

A esa calle y á ese sitio
cariño no he de tener,
¡si allí al alma de mi alma
la ví por última vez!

Me está diciendo al oído
una voz que mucho oí:
—No llores y da al olvido
á quien ya te olvidó á tí.

La rosa que más quería
fué la primera en secarse,
la mujer que más amaba
la primera en engañarme.

Pues me matas con tus ojos,
serranilla de mi alma,

con tu mantón de Manila
quiero hacerme la mortaja.

Por otro blanco cambiaste
aquel mantón encarnado;
¡ya vas buscando las paces!
¡bastante guerra me has dado!

Cuando empezó este cariño
¡quién nos dijera, chiquilla,
que las penitas de entonces
hoy fueran mis alegrías!

Es preciso que se borren,
si quieres verme feliz,
todas aquellas promesas
que no has podido cumplir.

No es fácil que se comprenda
el final de nuestra historia,
en que el vencido sonríe
mientras el que vence llora.

Ahora que á todos parece
que me has llegado á olvidar,
es cuando sube la lava
hasta el cráter del volcán.

Me has causado tanto daño,
que si yo hiciera las leyes,
á todos los ojos negros
pusiera pena de muerte.

Te sacara de paseo,
serranilla de mi alma,
con diademas de brillantes
y en unas andas de plata

Mi amor puse en una rosa
y á mi rosa tronchó el viento:
¡la desgracia es compañera
de todo cuanto yo quiero!

Yo sé una historia muy triste
de un orgullo que venció,
de un corazón que agoniza
y de otro que ya murió.

Ya no hacen las golondrinas
sus nidos en mi portal,
¡era preciso que fuese
completa mi soledad!

Dicen que al sol de los cielos
hoy ha vencido otro sol,
¡ya sabes que te prohibo
que te asomes al balcón!

¿Te acuerdas de aquellas horas
y de aquellos juramentos?
¡qué encendida te pondrás
cuando te acuerdes de ellos!

En vano buscar consigo
una pena á tu traición,

que el labio dice:—¡Castigo!
y el alma dice:—¡Perdón!

Fué un amigo quien lo dijo,
el alma quien lo escuchó,
mis labios los que reían,
quien lloraba el corazón.

¡No ha de haber muchas infames,
si has cometido una infamia,
y en lugar de aborrecerte
te quiero con toda el alma!

Como gozará aquel hombre
creyendo que va á ser suya,
la rosa que yo crié
á costa de mi ventura!

Lágrimas nos costará,
si volvemos á encontrarnos,
á tí lo que no me has dicho,
y á mí lo que no he callado.

Madrecita, no me duele
la herida de aquel puñal;
¡las heridas de sus ojos
son las que me duelen más!

Ya me falta corazón
para sentir mis desdichas,
lágrimas para llorarlas,
y fé para combatir las.



El cantar que más prefiero
ese no lo canto á nadie,
que en el corazón lo guardo
y del corazón no sale.

Aunque estás siempre á mi lado,
nunca, mi bien, te comprendo;
te miro no como eres,
te miro como te quiero.

La cuenta de mi querer
en la playa se escribió
y las olas se encargaron
de hacer la liquidación.

El favor que nos hicimos
nos resulta por igual,
yo te he enseñado á querer
tú me enseñas á olvidar.

El querer como los celos,
siempre son enfermedades
que se aplacan ó se curan
con la mudanza de aires.

Si quieres á una mujer
y de ella la gente habla,
las injurias que la dicen
te resultan alabanzas.

Si tu casa fuese cárcel
y tú fueses carcelera,

no me importaba cumplir
la mayor de las condenas.

Mira si será curioso
ese rayito de luna
que se entra por tu ventana
á ver que hacemos á obscuras.

Cuando á solas nos hablemos,
nuestro amor al recordar,
mucho tengo que reir
ó tú mucho que llorar.

En el cielo hay una estrella
que está velando por ti
y te señala el camino
por donde tienes que ir.

Cuando supe la traición,
juré no quererte mas;
¡cuántas ganas voy sintiendo
de poderte perdonar!

El cariño es un tirano
que hace valiente al cobarde,
del tímido un atrevido,
y del honrado un infame.

La esperanza y el recuerdo,
ecos son de mi pesar,
uno es un eco que viene
otro es un eco que va.

El amor y el interés
emprendieron un viaje,
y al dar los primeros pasos
tuvieron que separarse.

El dolor es una ola
que nos moja sin cesar,
que llega rápidamente
y muy despacio se va.

Dices que no tengo alma
porque te dejo sufrir;
recuerda que cierto día
en un beso te la di.

Cuentan que al cielo unos ojos
le han robado su color
y aseguran que eres tú
quien el robo consumó.

Sé que dos mundos existen
para mí desconocidos;
uno, el mundo del placer,
otro, el mundo del olvido.

El tiempo que te adoré
por horas suelo contar;
lo cuento por desengaños
y no concluyo jamás.

Sólo una vez me miraste
y pensé en aquel momento,

gozar las dichas del mundo
y los placeres del cielo.

Si sangre también naciese
de las heridas del alma,
ni hubiese tantos amantes,
ni hubiera tantas ingratas.

Hay una flor que al nacer
dá muerte á quien la sembró;
esa es la flor de los celos
que dá muerte al corazón.

De tal modo al sufrimiento
acostumbróse mi alma,
que ya el pesar no me hiere
y los placeres me matan.

Aunque la vida me alegra,
tampoco morir me espanta,
si he de quedar sepultado
en la tumba de tu alma.

Toma esta rosa bermeja
en prenda de mi cariño,
y piensa que entre sus hojas
está mi llanto escondido.

Mucho se parece al humo
el amor de las mujeres,
que al momento de formarse
el aire lo desvanece.

Dicen que no tengo alma
y llevan mucha razón,
que la mujer á quien amo
entera me la robó.

Por tu causa me han herido
en medio del corazón;
pero los celos me han hecho
herida mucho mayor.

Pienso mirar á los cielos
cuando contemplo tu rostro,
que es tu boca un paraíso
y dos ángeles tus ojos.

Cuando ella mi hogar dejó,
huyeron las golondrinas;
han vuelto las aves, ella
no ha llegado todavía.

Suspiré por tu cariño
á la sombra de un almendro,
y se movieron las ramas
y las hojas se cayeron.

No te alejes, te lo pido
por todo lo más sagrado,
que sin tabla que me salve
cierto será mi naufragio.

Al rey me piden que jure;
me lo piden sin mirar

que yo no tengo más rey
que tu sola voluntad.

Te empeñas en que yo cante
sin mirar mis sufrimientos;
mi canto será el del cisne
que está cantando y muriendo.

Caminando por el mundo
voy sin luz y sin reposo,
y es que hace ya mucho tiempo
que no me miran tus ojos.

Al ver tu desdén las lágrimas
en mis pupilas brillaron;
¡si el alma llorar pudiese
cuánto no hubiera llorado!

La flor que ayer te entregué
en vaso de oro hoy está;
en tu rubia cabellera
me hubiera gustado más.

No hubiera papel bastante
si en el papel se escribieran,
mis ilusiones perdidas
y mis esperanzas muertas.

Ayer en el cielo vi
de una estrellita el reflejo;
y busqué entonces tus ojos
entre las nubes del cielo.

Te miré llorar un día
porque á un ave morir viste:
¡has dado muerte á mi alma
y sin embargo te ríes!

Quiero que mi amada riegue
con lágrimas mi sepulcro,
y sobre mi nombre estén
el de mi madre y el suyo.

A dos pupilas azules
prendieron dos ojos negros
y hoy la libertad no quieren
que le dan sus carceleros. —

Pienso que ya no me quieres,
pienso que me has olvidado,
pero que quieres á otro
eso no puedo pensarlo.

¡Qué harás solita en el mundo
y sin tener mi calor,
ni un corazón que te cuide
como el mio te cuidó!

Los pecados de los hombres
Jesucristo redimió,
los que hacen muchas mujeres
esos no tienen perdón.

Quisiera que de tu reja
los hierros fuesen de fuego,

porque en ellos se abrasase
el hombre que estás queriendo.

Que traicionera es la ausencia
que me quita averiguar,
si estás queriendo de veras
ó si no me quieres ya.

Lucecilla de mi vida,
¡lastima de claridad!
que para mí te encendi
y á otro tienes que alumbrar.

Serrana, si fueses mia
te colocaba en un trono,
y el trono sobre un altar
hecho de plata y de oro.

Me voy sintiendo muy malo
y si me visita el médico
solamente me receta
que olvide tus ojos negros.

Cuanta fatiguilla paso
cuando te encuentro en la calle,
para secarme una lágrima
sin que se aperciba nadie.

Tu madre grita que grita,
la gente habla que te habla,
¡y más decimos nosotros
con una sola palabra!

Ella tiene mucho oro,
tú tienes mucho cariño,
¡que mande el oro á paseo
que yo me quedo contigo!

Al cementerio me fui,
un hoyo grande cavé,
y allí enterré mi cariño
y eché tierra sobre él.

¡Vaya si eres delicada
que de cristal estás hecha,
y te toco con cuidado
por si al tocarte te quiebras!

Una casa voy á hacer
que esté enfrente de tu casa,
para estarme todo el día
asomado á la ventana.

Personilla de mi gusto,
sangrecilla de mi sangre,
cuantas fatigas me cuesta
que me olvides y olvidarte.

Proporciónate un caudal
y vuélvete por aquí,
porque lo que es con cariño
no me puedes conseguir.

Rey quisiera que me hiciesen
para llamarte después,

y regalarte mi trono
y mi persona también.

Tu querer es como un libro
que pasa de mano en mano,
y lo van leyendo todos
y todos lo van dejando.

A tus celos le sucede
lo mismo que á mis rosales,
mientras más ramas le quito
muchas más ramas les salen.

Nos dejaron aquel día
á los dos solos allí;
¡qué penas no pasaría
para alejarme de tí!

Cuando me ocurre una idea
antes de hacerla la pienso,
y es porque ya desconfío
de mis propios pensamientos.

No luzcas más tu persona,
que pareces un molino,
que está siempre dando vueltas
y echando polvo al camino.

La muerte pediré á voces
si á curarme vienes tú,
¡de tí no quiero la gloria
cuanto menos la salud!

Que me lleven entre cuatro
camino del cementerio,
antes que vuelva á sentir
el agujón de los celos.

Siempre que voy á la iglesia
voy buscando en los altares,
una santa con tu cara
para llegar y rezarle.

Me pasó con tu querer
como al sediento del pozo,
que sin poder sacar agua
la estaba viendo en el fondo.

Como te rondo de noche
anda diciendo tu madre,
que ha puesto el Ayuntamiento
dos serenos en su calle.

Sacristán de la parroquia,
echa á vuelo las campanas,
que está celosa mi niña
que es señal de enamorada.

Enseñeme *usté* á robar,
bandolero de la sierra,
á ver si robo á una niña
el corazón que me niega.

Refugio te puso el cura
y llevas muy bien el nombre

porque te has hecho refugio
de todos los pecadores.

No te lledes de tu gusto
que el gusto es un viejo loco,
que quiere andar muy deprisa
cuando se cansa muy pronto.

Los ojillos de mi cara
de nada me sirven ya,
que en aquellos ojos negros
no se pueden reflejar.

Voy á recorrer el mundo
y á los sabios buscaré,
para ver si ellos te estudian
y te llegan á entender.

De tus promesas de amor
era testigo la luna;
¡cuando ahora me fijo en ella
me parece que se burla!

Mira tú que es cosa triste,
tener que escuchar mis males,
poniendo la cara alegre
porque no se burle nadie.

No olvides la rosa blanca
orgullo de la pradera,
¡son los que más la querían
los que más la pisotean!

Déjame que duerma y sueñe
pues aunque padezca igual,
soñaré con la esperanza
de poderme despertar.

Por cárcel tiene el querer
casa con muchas ventanas,
y cuando alguna le abren
levanta el vuelo y se escapa.

Estoy pidiéndole á Dios
me quite ocasión de hablarte,
porque volveré á creerte
y volverás á engañarme.

Cuando el amor agonice
dale una toma de celos,
y como no se levante
avisa al sepulturero.

Para que todos lo vieses
puse á mi querer cristales,
¡así apreciarán tu infamia
cuando llegues á olvidarme!

Aunque te quiera en secreto
aun me ha quedado vergüenza
para no recoger trastos
que por otros se deshechan.

No quiero hablar mal de ti,
no porque no lo merezcas,

sino porque es muy posible
que te perdone y te quiera.

Ya ves tú si era bonita
que hasta el mismo enterrador,
al mirar aquella cara
tiró la azada y lloró.

Aquel que sin tener alas
llega muy alto á subir,
al fin vacila y se cae,
como me ha pasado á mi.

La patrona de mi pueblo
hizo su altar en la sierra,
¡asi, como está tan alta,
no hay ojos que no la vean!

Tierrecita de mi vida,
cuando me alejo de tí
hay dos ojos que me siguen
llorando al verme partir.

Piedra de molino soy
en torno de tu cariño,
que siempre está dando vueltas
y queda en el mismo sitio.

A los ángeles del cielo,
dijo llorando otro ángel:
—¡Qué triste se está en la gloria
sin el calor de una madre!

Al morir legan los padres
el libro de sus recuerdos,
y en ese libro se aprende
á ser honrado y ser bueno.

Ha de venir el obispo
y el señor gobernador,
y han de pedir que te quiera
y he de decirles que no.

¡Qué corta parece siempre
la senda que se ha cruzado!
¡camino que se comienza
qué difícil y qué largo!

Por la ofensa que me has hecho
no he de vengarme de ti,
pues me basta con que sufras
la pena que yo sufrí.

Dios formó una recompensa
para el cariño más grande;
¡nadie se la disputó
al cariño de una madre!

Hallo en tu aliento, serrana,
cuando tu aliento me besa,
perfumes de la albahaca,
y aromas de madre selva.

Quedó mi madre al morir
con sus labios entreabiertos;

¡al rozarlos con los míos
se cerraron en un beso!

Al aire dando mis quejas
al pie de un árbol lloré,
y un rruiseñor de la selva
al verme lloró también.

La luz que besa tu frente,
pálida como la cera,
recuerda el rayo de luna
que sobre las aguas tiembla.

Como el gobierno se acuerde
del estanco de la sal,
¡perchelera de mi vida,
como te van á estancar!

Tarde ó pronto has de pagar
todo el daño que le hagas
á quien no lo hizo jamás;
¡con el hierro que me matas
con ese te matarán!

Cuando la guitarra suena
me parece que suspira,
y que al sonar de sus cuerdas
se va acabando mi vida
y van muriendo mis penas.

En la tumba de mi padre
hice el firme juramento

de no querer más á nadie,
porque el daño que me has hecho
ese no puede olvidarse.

Has de ofrecerte por mía,
y el querer que tan mal pagas
has de pedir de rodillas
y te volveré la espalda
aunque me cueste la vida.

Se va haciendo mi cariño
tan grande como mis penas,
que acaso será el castigo
de quererte tan de veras
como siempre te he querido.

En el cielo á mi andaluza
no la ha querido San Pedro,
porque ojos como los suyos
revolucionan el cielo.

Cielo y mar me dan consuelo
desde que tanto te adoro,
¡qué iguales reflejos tienen
el mar, el cielo y tus ojos!

Está mi rosal marchito,
sus capullos no se abren,
y es que mi niña hace tiempo
que no pasa por mi calle.

Miles de besos me diste
y mi madre un solo beso,
los tuyos ya se han borrado,
el de mi madre aún lo siento.

Esa ciencia de olvidar
se aprende en una lección,
pero es preciso matar
de una vez el corazón.

Chiquilla, cuando me muera
quiero yo por almohada,
las rosas de tus rosales
por esas manos cortadas.

Al escuchar aquel si
envidia tuvo la luna,
se ocultó tras una nube,
y nos quedamos á obscuras.

Dices que ya nuestra Virgen
no escucha tus oraciones,
y es que á la Virgen le quitas
el cariño que en mí pones.

Al cielo cuento mis penas
que está en el cielo mi madre
y estrellas, soles y nubes
se duelen de mis pesares.

Me pediste una limosna
pero al dártela creía,

que era yo quien la imploraba
y tú quien me socorrías,

¡Aprende y serás feliz!
fué de aquel sabio el consejo:
mi madre me dijo más
cuando me dijo:—¡Sé bueno!

Picó ese jilguero el grano
y ahora destroza la planta,
¡no te extrañe que es lo mismo
que has hecho tú con mi alma!

Cuando miro tu retrato
siento ganas de reir,
¡cuando tú mires el mio,
como tienes que sufrir!

A la sombra de esa acacia
recordaba tu cariño,
¡y hasta las flores lloraron
que me inundó su rocío!

No llores más, corazón,
alma del alma no llores,
que son los celos razón
del amor de los amores.

Los dos nos hicimos reos
ante el mismo tribunal,
mi delito fué querer
y tu delito olvidar.

Voy á hacer una capilla,
en la capilla un altar
y en él he de colocarte
para ser tu sacristán.

Retoñan las margaritas
de nuestro amor compañeras,
¡cuando por mí te pregunten
te encenderás de vergüenza!

Sufres, pobre golondrina,
porque se aleja tu madre;
¡ven y lloraremos juntos!
¡nuestras penas son iguales!

Siempre que miro á los cielos
al cielo mi beso envío,
¡con el beso de mi madre
se encontrará en su camino!

Muchas nubes en el cielo
y de distinto color,
¡igual que las tempestades
que agitan mi corazón!

Ya no brillan los luceros
y se mueren de tristeza,
porque Dios mandó en tus ojos
dos luceros á la tierra.

Tanto tu rostro y mi rostro
unimos en aquel beso,

que el aire que verlos quiso
no pudo llegar á verlos.

Estaba el cielo sin nubes
y llovió cuando salimos,
¡lloró de envidia la luna
al verme pasar contigo!

Miré cerrarse sus ojos
para no abrirse jamás,
y sus ojos me persiguen
en la misma obscuridad.

¿Si no sabes de cariño,
por qué ríes si me acerco,
por qué callas á mi lado,
por qué lloras si me alejo?

Pude hacer que fueses mía
y te conseguí salvar,
¡hoy me declaras la guerra!
¡valiente pago me das!

Se miraron al hallarse,
al pasar se sonrieron,
¡y al alejarse los dos
iban llorando en silencio!

Madre yo quiero ser bueno
y quiere probarme Dios;
¡la puso en misa á mi lado!
¡ya ves tú que tentación!

Tus ojos saben reír
tus ojos saben llorar,
y saben hacer sufrir,
y no saben perdonar.

Al ir buscando la gloria
la calumnia me esperaba,
¡que la gloria y la calumnia
viven en la misma casa!

Ayer, un cielo valías,
hoy, un piso con sus muebles,
¡mañana ni regalada
han de llegar á quererte!

Chiquilla, no seas romántica,
que es tu vida una novela,
pero una novela cursi
de á *perro grande* la entrega.

Cuando me miran tus ojos
me siento, niña, morir,
no me dejes de mirar
aunque me mates al fin.

Al morirseme mi madre
dos sepulturas halló,
en el cementerio una
y la otra en mi corazón.

Andan al amor buscando
y al amor nadie lo encuentra;

¡que se refugió en mi pecho
para darme mucha guerra!

Sobre una rosa cayó
el llanto de aquella ingrata,
y cerró todas sus hojas
porque no se lo robaran.

Tienes muy poco dinero
y lo tienes bien guardado;
¡mi serrana vale un mundo!
¡no te extrañes si la guardo!

El cielo lleno de estrellas
y en tus ojos dos tan solo,
¡á las estrellas del cielo
prefiero las de tus ojos!

El amor guarda dos filos
que tienen igual poder,
¡lo mismo mata el hastío,
que mata el mucho querer!

La traición de aquellos días
fué la razón de mi llanto,
¡pensé que por mí llorabas
y estaba por tí llorando!

El árbol está sin hojas
las flores están marchitas,
¡mi corazón está muerto
sabiendo que tú le olvidas!

¿Corazón de mi morena,
me das hospitalidad?
—Yo quiero huéspedes fijos
no los que vienen y van.

Más de una pena envidié,
más de un goce he despreciado,
¡los pobres sufren riendo!
¡los ricos gozan llorando!

A quien mis cantares canta
suelo tomarle cariño,
porque al publicar mis penas
los va llorando conmigo.

Si loco me has de llamar
porque lo que siento hablo,
por loco me has de tener
mientras me encuentre á tu lado.

Cayó del cielo una lágrima,
tus ojos la recogieron,
¡ella salvó una conciencia
y borró un mal pensamiento!

Aquel cantar de tu boca
á muchos hizo reir,
á tu madre hizo pensar,
y me hizo llorar á mi.

Un beso guardo en mi boca
desde que lejos estás;

¡ya verás si quema un beso
cuando te lo llegue a dar!

Molinera, tú tan blanca,
yo negro por el carbón,
¡y tan juntos estuvimos
que cambiamos de color!

A Dios un sabio negaba,
pero una tarde te vió
y dijo al mirar tu cuerpo:
—¡Ay, qué cosas hace Dios!

Diera el alma, vida mía,
por saber tu pensamiento
cuando te quedas a solas
luchando con mi recuerdo.

Fuí a empeñar tu retrato
al saber que me olvidaste;
¡me dieron media peseta!
¡ya me dieron más que vale!

Ponte el mantón de Manila
y el clavel en la cabeza,
¡y no sale de mi barrio
el forastero que venga!

Agua del arroyo, corre,
corre, pensamiento al par,
tú, arroyo, hallarás un término,
tú, pensamiento, jamás.

Madrecita, cuantas penas
van cayendo sobre mí,
¡cuando soy más desgraciado
me tienen por más feliz!

Quise una flor conservar
y se marchitó la planta;
¡una esperanza adoré
y he matado á mi esperanza!

Eché más vino en mi copa
para mezclarlo con lágrimas,
¡pasa la embriaguez del vino!
¡la embriaguez del dolor mata!

Como mentisteis los dos,
á los pies del sacerdote;
¡vuestras manos logró unir,
nunca vuestros corazones!

Cuando se va un emigrante
hasta las aves del campo,
al volar en torno suyo,
le dicen:—¡Adiós, ingrato!

Se une América á mi patria
por cintas de espuma y perlas,
que con lágrimas las forman
cuantos á su patria dejan.

Supo el cura mi pasión
y no me quiso absolver,

¡no es fácil la salvación
conociendo á esa mujer!

Hasta en la iglesia me miras
y hasta en la iglesia me engañas,
¡anda, que ya te conozco,
morena de mis entrañas!

Las lágrimas siendo agua
suelen convertirse en sangre,
cuando las arranca un hijo
de los ojos de una madre.

El lucero de la tarde
ha demandado á tus ojos,
porque alumbran mucho y siempre,
y él alumbra tarde y poco.

Perchelera de ojos negros,
que velan negras pestañas,
tú llevas luto en tus ojos,
yo llevo luto en el alma.

Quieres que no tenga celos
y llega á tal mi desdicha,
que los tengo de mí mismo
al mirarme en tus pupilas.

Pídemme que en el instante
me atraviese el corazón,
pero no me pidas nunca
que dé al olvido tu amor.

Cuando las perlas del llanto
en tus pupilas se muestran,
nace un ángel en el cielo
y una flor en la pradera.

Dices que me has olvidado
y pienso al ver tu dolor,
que lo dices con los labios
pero con el alma no.

Pensando en dichas ajenas
quise contar mis pesares,
¡quién contará las arenas
en el fondo de los mares!

El placer nunca se agota
en el cáliz del amor,
pues da el placer gota á gota
y á torrentes el dolor.

Desde que tu afán me hirió
he llorado tanto y tanto,
que una nube se acercó
á tomar agua en mi llanto.

Soy un viajero perdido
en inmensas soledades;
¡qué solo se queda un hijo
cuando le falta su padre!

Murió mi amada y estoy
solo, muy solo, en el mundo,

que soy una flor nacida
à la sombra de un sepulcro.

Vanidades que nos ciegan
son cual las ondas del mar,
que si mucho à subir llegan
mucho tienen que bajar.

Yo miré dos perlas negras
en el fondo de las aguas,
y pensé que eran tus ojos
que temblando me miraban.

La ingrata por quien suspiro
me ha llegado à esclavizar,
lo conozco y sin embargo
no quiero la libertad.

No temas que olvide un día
el primer beso de amor,
los labios le recibieron
y en el alma se grabó.

¡Grabé tu nombre en la playa
y lo borraron las olas!
¡grabé tu amor en mi alma
y tus maldades lo borran!

Juntos à pesar del frío
nuestro amor iba creciendo,
que nada puede la nieve
en corazones de fuego.

Hay penas que pasan
y penas que duran;
¡la de verse en el mundo sin madre
no se acaba nunca!

Este suspiro de amor
conduce el viento á tu reja;
¡acaso toda mi alma
entre sus ondas se lleva!

Han robado muchas perlas
y debes cerrar tu boca,
que como miren tus dientes
te tomarán por ladrona.

Nos besamos, hace un año,
y cuando alguno nos mira,
temblamos, y nos parece
que nuestro beso adivina.

Dios puso en el campo flores,
en el firmamento estrellas
y en tus ojos dulces lágrimas
que se convierten en perlas.

Guarda, ingrata, estas dos rosas
que con tu belleza humillas,
pues son mucho más hermosas
las rosas de tus mejillas.

Son mis dichas tan pequeñas,
y son mis penas tan grandes,

que ya lágrimas me faltan
para llorar mis pesares.

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere,
volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

Más que mirando á los cielos
mirando á tus ojos gozo,
que si al cielo un sol asoma
dos se asoman á tu rostro.

Deja que tu blanca mano
coloque sobre mi pecho;
¡temes tal vez que la nieve
se derrita junto al fuego!

El hombre sin experiencia
ve en su pecho retratarse,
tras las ilusiones muertas,
las esperanzas que nacen.

Todas mis dichas
mueren veloces,
como las auras, como los ecos,
como las flores.

A todos los que usen armas
quieren los guardias prender;
¡cierra los ojos, morena,
que te prenden si los ven!

Sangre enrojece mi rostro,
sangre brota de mis venas,
y en cambio mi corazón
se va quedando sin ella.

He olvidado por sabido
que en las luchas del amor,
el que ríe es el vencido,
y el que llora el vencedor.

Al ver tu maldad brilló
en mi labio una sonrisa;
¡hay risas que dan la muerte
y llantos que dan la vida!

Soy dueño de tu cariño
y aún anhelo mayor bien;
¡mientras más oro se tiene
más se quiere poseer!

Comparo las golondrinas
al amor de las mujeres,
pues se van por temporadas
y por temporadas vuelven.

Con tus palabras me hieres
y me matas cuando miras,
¡háblame y mírame mucho
aunque me cueste la vida!

Toma estas cartas de amor,
recuerdos de tu pasado,

cartas que tome riendo
y que devuelvo llorando,

Era tan dichoso antes
de encontrarte en mi camino;
¡y sin embargo no siento
el haberte conocido!

Diera mis sueños de amor,
mis esperanzas risueñas,
y hasta mi dicha presente
porque nunca me mintieras.

Suspiros que del alma
en tropel saliendo van,
no salgáis con tanta prisa
que nadie os esperará.

Por ti abandoné á mis padres
y olvidé la patria mía;
ahora tú me has olvidado,
¡pronto ó tarde Dios castiga!

Tienes, zagala del valle,
para adorno de tu cuerpo,
más corales en tus labios
que en el collar de tu cuello.

Un favor le pido á Dios
desde que á Málaga ví,
¡bajo su cielo gozar,
entre sus flores morir!

El cielo quise yo ver
con la esperanza de un sueño,
¡desde que en Málaga estoy
estoy cerquita del cielo!

¡Ay, Soledad, Soledad!
¡conque te vas y me dejas!
¡qué Soledad la que pierdo
y qué *soledad* me queda!

A una estrellita del cielo
le cuento todas mis penas,
¡pregúntale mis secretos
cuando te fijes en ella!

En el libro de mi vida
amor escribi con llanto,
y con sangre de mis venas
olvido puso tu mano.

En el aire se juntaron
tu suspiro y mi suspiro;
¡si los suspiros se hablan
qué de cosas se habrán dicho!

A tu rizo confié
una lágrima y un beso;
¡como se había estremecido
el rizo de tus cabellos!

¡En el cielo tempestades!
¡tempestades en mi pecho!

¡qué grandes las de mi alma!
¡qué pequeñas las del cielo!

Ya el jugar con las muñecas
no te entretiene, mujer,
¡ahora juegas con mi alma
que entera te la entregué!

No temas que esos relámpagos
me lleguen á deslumbrar,
¡ví frente á frente tus ojos
sin deslumbrarme jamás!

Ya nunca me siento solo,
serrana, cuando me duermo,
que ahora siempre me acompaña
la luz de tus ojos negros.

A mis ojos una lágrima
subió desde el corazón,
y al ver que te sonreías
en mis ojos se secó.

Yo tengo dos enemigos
que por todas partes veo,
que á traición me están matando
y que son tus ojos negros.

Sembré un rosal en mi alma
que amorosa cultivaste,
¡ya he sentido las espinas
pero las rosas no abren!

En el fondo de mi alma
he formado un cementerio,
para enterrar mi esperanza
al lado de su recuerdo.

—Rézame todos los días,—
dijo mi madre al morir;
¡sólo un día no he rezado!
¡la mañana en que te ví!

El beso de nuestros labios
no expresó nuestro cariño,
¡al besarnos con los ojos
cuantas cosas nos dijimos!

El cariño de ese hombre
no lo olvides en tu vida,
sabe lo que tú me adoras
y te quiere todavía.

¡Qué grandes se hacen las penas
ay, qué tristes y qué grandes,
cuando no pueden decirse
al corazón de una madre!

Como no me ven llorar
ninguno mi pena sabe,
y voy cruzando el desierto
sin que me consuele nadie.

¡Caminito de su casa
que ayer recorrí con ella,

ya eres para mí un calvario,
el calvario de mis penas!

No hay fatigas en el mundo
que se puedan comparar,
á olvidar á una mujer
cuando se le quiere más.

Los sitios por donde pasas
facilmente encuentro yo,
que en donde tu planta pones
nace en seguida una flor.

Donde ahora pongo mis ojos
fijos tus ojos he visto;
¡llenos de placer los tuyos
y de lágrimas los míos!

Me has parado en el camino
cuando indiferente iba;
¡si ahora me opongo á tu paso
tuya es la culpa y no mía!

Si es que no me quieres ver,
ni quieres pensar en mí,
¿por qué me dices los sitios
por donde tienes que ir?

Yo sufro cuando tú sufres,
me alegro cuando tú ries
y sin embargo quisiera
que estuvieras siempre triste.

¡Cuántas veces en un día,
serrana, juré olvidarte,
y olvidé... mis juramentos
solamente al recordarte!

Cuando hablemos quiero siempre
hablarte en la obscuridad;
¡asi reirás sin yo verte!
¡lloraré y no me verás!

Yo conocí dos amantes
llorando siempre desdenes,
y sin decírselo nunca
se amaron hasta la muerte.

No sé qué admirar en ti
cuando de tu amor me hablas,
si lo mucho que me finges
ó lo mucho que me callas.

A una carta de cariño
juego mi vida y mi alma,
¡la baraja con que juego
quizás no tenga esa carta!

¡Largas noches sin estrellas,
tristes mañanas sin sol!
¡cómo os siento reflejadas
dentro de mi corazón!

Hay risas que son puñales
como hay lágrimas que abrasan;

¡asi tus risas me hieren
y así mi llanto me mata!

Un corazón pido al cielo
igual á tu corazón,
que no le arranque un latido
ni la dicha ni el dolor.

Yo diera todas mis lágrimas
y eso que me quedan muchas,
por adivinar el cielo
donde se esconden las tuyas.

Oye gritar á ese hombre:
—¡Viva el libre pensamiento!—
¡y su pensamiento es tuyo,
que tu amor lo tiene preso!

Todas las olas del mar
van diciendo por ahí,
que la sal que ellas tenían
te la han regalado á ti.

Tú lo quieres todo ó nada,
yo, con poco me contento;
¡yo vivo en el paraíso!
¡tú vives en el infierno!

He pasado muchas penas
sin decírselas á nadie,
y vertido muchas lágrimas
que eran lágrimas de sangre.

No hay barómetro en el mundo
que iguale á mi pensamiento;
¡me anuncia las tempestades
que se forman en mi pecho!

Yo llevo dentro del alma,
un calvario de recuerdos,
mi corazón es sepulcro
y mi cruz tus ojos negros.

Dicen que el abismo atrae
y yo lucho y estoy solo,
y dos abismos me llaman
los abismos de tus ojos.

Solito mis penas sufro,
y las tuyas sufro á medias,
¡asi no puede extrañarte
que yo sufra tantas penas!

En los ojos de tu cara
tengo el reló de mi vida,
y marca todas mis penas
y todas mis alegrías.

El tesoro que yo guardo
te dejo en mi testamento,
y ese tesoro es tu alma
que tú me diste en un beso.

Al más rico no le envidio
y son todas mis riquezas,

mucha fe, mucho cariño,
un beso y una promesa.

¿Será la luna curiosa
que cuando ve que me hablas,
manda un reflejo á tus labios
para escuchar tus palabras?

El mismo cielo nos cubre,
nos alumbra el mismo sol;
y hasta el mismo pensamiento
nos entristece á los dos.

La mayor pena del mundo
para ti supliqué á Dios,
y cuando llegó la pena
más que tú la sufrí yo.

Tengo una envidia muy grande
á ese rayito de sol,
porque besa sin permiso
donde no te beso yo.

Muchos libros he leído
y muchos sigo leyendo,
pero ninguno me enseña
á conocer tus secretos.

Dices que no me comprendes
y me comprendes muy bien;
¡las páginas de mi alma
tú sola sabes leer!

Aquel nardo que me diste
en mi pecho se conserva,
y le cuento mis secretos
y le refiero mis penas.

Si alguna vez mi cariño
encierra un mal pensamiento,
¡me hará capaz de matarlo
la vergüenza de tenerlo!

Yo quisiera tener alas
para seguir tus suspiros,
para subir á los cielos,
ó bajar hasta el abismo.

Ya ves tú como se engaña,
en el mundo el corazón,
llamábamos al olvido
y ya estaba entre los dos.

En los mares de mi pecho
ya pasó la tempestad,
¡cuando el mar está tranquilo
es cuando me asusta más!

Al fin me tocó la quinta,
al fin voy, madre, á servir,
¡voy á servir á dos reinas!
¡la del alma dejo aquí!

Permita Dios que no encuentres
cuando pienses en casarte,

ni cura que te bendiga,
ni iglesia donde te casen.

Tengo celos, muchos celos,
y me dice el corazón,
¡de quién menos celos tengas
ese te hará la traición!

Una oración voy rezando
cada vez que pienso verte,
¡pues cuando miran tus ojos
siempre hay peligro de muerte!

Me he olvidado de la noche
en que yo te conocí;
¡pero debió ser muy triste,
si reflejó el porvenir!

Los ojillos de tu cara
son dos grandes embusteros,
que me vienen con mentiras
y me ocultan tus secretos.

Pajarillo, pajarillo,
no te mires en sus ojos,
que van ofreciendo vida
pero matan poco á poco.

Cuando lleguemos á viejos
y nos volvamos á ver,
yo diré:—¡Cómo la quise!
y tú:—¡Cómo le engañé!

Señor juez, esa condena
resignado cumpliré,
¡hace tiempo que me ha preso
el alma de una mujer!

Serrana, yo sé de un pobre
que no encontró una limosna;
¡quien antes se la ha negado
hoy pide que le socorran!

Me propongo confesarme
y huyo del confesonario,
que si es pecado quererte
viviré siempre en pecado.

Yo pensé que mi cariño
se acercaba á la agonía,
¡tu mirada ha sido el médico
que le devolvió la vida!

Si señalase una cruz
cada corazón que matas,
¡cuántas cruces marcarían
el camino de tu casa!

Hay una frase en el mundo
que no es posible olvidar,
el primer *sí* que á un amante
la primera novia da.

Al jilguero de tu huerto
envidia mi corazón,

que tus lágrimas ha visto
y tus quejas escuchó.

Ya no miras mis ventanas
cuando cruzas por mi huerto;
¡el árbol subió tan alto
que olvidó á su jardinero!

Esta rosa ayer me diste
y está ya seca tu rosa,
¡una gota de mi llanto
abrasó todas sus hojas!

Dicen que el sol está triste,
dicen que la luna llora,
dicen que faltan estrellas
desde que tú no te asomas.

Voy á formar un nido
con hojas secas,
donde guardar tus besos
y tus promesas.

Dos cosas hay que los sabios
no averiguaron jamás,
¡cómo se evita el querer!
¡cómo se puede olvidar!

No camines tan alegre
y tan de prisa no andes,
mira que te está aguardando
el desengaño más grande.

Mis lágrimas tantas fueron
que acabaron mis fatigas,
y pude ablandar tu alma
pero endurecí la mía.

El amante que fué esclavo,
al romper sus ligaduras,
va devolviendo sus penas,
poco á poco, una por una.

No es posible de este amor
el término adivinar,
tiene ella pecho de bronce,
y yo pecho de cristal.

En este mismo camino
cuánto he sufrido por ti;
¡ahora yo bajo la cuesta!
¡tú la empiezas á subir!

Cerró tu padre la puerta
y tu madre la ventana,
pero entré en tu pensamiento
y estoy viviendo en tu casa.

Faltara papel y tinta
si se escribiesen en libros,
las fatigas que se pasan
para llegar al olvido.

No importa que estés durmiendo
para que ronde tu casa,

yo sé que tu corazón
ni sosiega ni descansa.

En cien batallas estuve
sin temer al enemigo,
me miraste una vez
y he temblado como un niño.

La bala en el corazón
no me hiciera más destrozo
que aquella palabra tuya
y aquel mirar de tus ojos.

Dile que nunca presume
de aquel beso que me dió;
era una tarde de viento
y el viento se lo llevó.

No eches orgullo, chiquilla,
que el orgullo siempre fué
consejero que en el mundo
ha perdido á la mujer.

Alguien dudó, perchelera,
de la grandeza de Dios,
y Dios le dijo formándote:
—Aquí está lo que hago yo.

Quise llegar á la gloria,
en el camino te hallé
y al mirarte tan bonita
dije al punto:—Ya llegué.

En un incendio de amores
se consumió el alma mía;
¡ya aquel fuego no me importa!
¡no arden nunca las cenizas!

Mira en el campo besarse
margaritas y amapolas,
que hasta el suelo nos recuerda
á la bandera española.

Las penitas de los hombres
á estudiar se puso Dios,
y era tan grande la mía
que entre todas la escogió.

Eres un cuerpo sin alma,
que el alma la tengo yo,
me la distes aquel día
al decir llorando:—¡Adiós!...

Mira si en el monte hay nieve:
pues no hay bastante, serrana,
para apagar el incendio
en que mi pecho se abrasa.

El consuelo que me diste
no lo olvidaré jamás:
quisiera ser desgraciado
por volverlo á disfrutar.

Quisiera ganar el cielo
pero llevándote á ti;

¡qué triste estará la gloria
si no te encuentras allí!

Cayó la flor del almendro
y nadie la recogió;
cayeron mis esperanzas
y el viento se las llevó.

Aguilar es de la reina
dice un antiguo cantar,
tú eres reina de hermosura,
luego tuyo es Aguilar.

A un álamo me subí
por estar de Dios más cerca,
como de ti me alejaba
me bajé lleno de pena.

Un ruiseñor dijo á otro
escuchando su cantar:
—Si ella al olivar se viene
estamos aquí demás.

Llegar quisiera á tu pecho
buscando nido de amor,
convirtiéndome en latido
de tu propio corazón.

Yo comparo el matrimonio
á una suerte del toreo,
en donde el arte no basta
para que se salve el diestro.

No me provoques, serrana,
no me provoques, chiquilla,
que los cerrojos del alma
se descorren en seguida.

La escalera era pendiente,
tu bajabas, yo subía,
resbalabas, te cogí...
y no evité la caída.

La hermosura se halló un día
con mi niña de ojos negros,
y le dijo entusiasmada:
—Vaya usted con Dios, salero.

Al cura le prometi,
niña, no mirarte más:
¡de la iglesia tú salías
y yo me vine detrás!

La fe que ayer me juraste
la he dado por sospechosa,
que es una fe de notario
que uno vende y muchos compran.

Salud llevas como nombre,
y sin extrañarme el caso,
desde que á Salud conozeo
sin salud me voy quedando.

Donde vive mi flamenca
voy á poner un altar,



y un monaguillo que grite:
—¡Arrodillarse al pasar!

—¿Dónde vamos? pregunté,
y al verte dijo un viajero:
—¿No lo ve usted, camarada?
¡por el camino del cielo!

Senti fatigas de muerte
aquel retrato al besar,
¡figúrate lo que pasa
si beso el original!

Para encender un cigarro
fuego, niña, te pedí;
como el fuego me negaste
en tus ojos lo encendí.

Te pareces á la onza
que en el bolsillo me queda,
como es más falsa que Judas
todo el mundo la desecha.

Los ojos de mi serrana
muy caritativos son,
van repartiendo limosnas
á quien nunca las pidió.

Debes poner en tus ojos
un letrero donde diga:
—Aquí hay luceros que alumbran
por la noche y por el día.

Me enseñastes á ser bueno
cuando me quisiste bien;
ahora que me has olvidado
que malo me vas á hacer!

Tu corazón quiere el rey
y es de otro tu corazón;
el rey manda en sus vasallos
en los corazones no.

Nació un rosal en tu zanja
y de flores está lleno;
¡cuando beso aquellas rosas
me parece que te beso!

Una gota de rocío
se despertó una mañana,
y al verse lejos de tí
se convirtió en una lágrima.

Cuando Dios formó tus ojos
hizo fundir en un beso,
el resplandor de la luna
y la claridad del cielo.

Senti la brisa en mi frente
al despertar de mi sueño;
¡por si tus suspiros eran
la recibí con un beso!

Mi rosal está sin rosas
y sus ramas están secas,

que ni lo miran tus ojos,
ni tus lágrimas lo riegan.

No digas, niña, que son
iguales todas las horas;
¡qué breves cuando se ríe!
¡qué largas cuando se llora!

Aunque mi padre se oponga
yo me casaré contigo,
que la gloria se consigue
á costa de sacrificios.

Porque mi rubia agoniza
tocando están las campanas,
y los ángeles del cielo
se asoman para esperarla.

Nuestro querer se parece
al querer de las palmeras,
que desde lejos se quieren
y desde lejos se besan.

Cuando miro á las aves
dejar su nido,
recuerdo como el nuestro
quedó vacío.

Bendita sea, chiquilla,
la *mare* que te parió,
¡yo le pedí una serrana
y todo un cielo me dió!

Como es el bosque tan grande
en el bosque me he perdido,
y necesito tus ojos
que me alumbren el camino.

Un vestido voy á hacerte
con el color que yo quiero:
celeste como tus ojos,
como el mar y como el cielo.

Una estrella del cielo
te cedería,
por el lunar que llevas
en la mejilla.

A tu ventana mando
mis pensamientos,
cuando tú te despiertes
les das un beso.

Cuando me besas, chiquilla,
y siente el alma tu beso
nace una flor en la tierra,
nace una estrella en el cielo.

El libro de tu vida
tendrá un epílogo,
donde todo se vuelvan
llanto y suspiros.

Que no me olidas me juras
por la salud de tu alma;

¡ya voy viendo, gitanilla,
como tú misma te engañas!

Voy á hacer una almoneda
de mi cuerpo y de mi alma;
te daré mi corazón;
¡ya veremos si lo pagas!

Mueve el viento esas palmeras
y las confunde en un beso,
¿murmuran de sus amores
ó recuerdan el desierto?

No salgas tanto á la calle
ni á tu reja bajas más,
que planta de invernadero
no la troncha el huracán.

Entraron por mi ventana
juntos dos rayos de sol,
uno llegó de tus ojos,
otro del cielo llegó.

El sereno de tu calle
no cumple su obligación,
pues se va, si tú te asomas,
creyendo que sale el sol.

Al volver las golondrinas
hallarán en mi retiro,
sólo una cuna vacía,
bajo su nido vacío.

Con tus desdenes me matas
porque lo manda tu madre,
igual que mata el verdugo
porque le mandan que mate.

Era más bella que tú
la rosa de aquel rosal,
y hoy la corta el jardinero
porque deshojada está.

Cuando tus ojos divinos
á formar empezó Dios,
tomó colores del cielo
y resplandores del sol.

Quién sabe las cosas
que oyó la ventana;
¡pero no te inquietes
las rejas no hablan!

Llegué á subir y á vencer,
pero nadie me ayudó;
cuando empezaba á caer
todo el mundo me empujó.

Qué no murmure el arroyo,
qué los pájaros no canten,
pues tengo enferma mi alma,
¡está malita mi *mare!*

Por verme pasar salías
tarde y noche á tu ventana,

¡ahora si nos encontramos
los dos volvemos la cara!

Hizo un verderrón su nido,
frente al que yo levanté,
tras la ausencia encontró el suyo,
el mío no lo encontré.



CANTARES DEL SOLDADO ⁽¹⁾

À LOS BATALLONES DE BORBÓN Y CUBA

Iba á partir el regimiento de Borbón, Málaga entera se agolpaba delirante de entusiasmo á las calles por donde habían de desfilár nuestros heroicos soldados; el entusiasmo se reflejaba en todos los semblantes; cada soldado que vestido con el traje de marcha cruzaba por entre la compacta multitud era objeto de las más francas galanterías del pueblo. Yo me despedía de uno de los oficiales, de un valiente á quien quiero y admiro. Al estrechar su mano uno de sus subalternos pasó cerca de nosotros; era casi un chiquillo, apenas si un ligero bozo

(1) Escritos expresamente para destinar el producto de su venta á los heridos de Melilla.

sombreaba su labio; venía cantando á media voz ¡cantando!

Al ver á su superior, interrumpió su canto, se cuadró un instante, llevó la mano al ros respetuosa y militarmente y se alejó rápido reanudando la canción interrumpida.

—Así son nuestros soldados,—dijo orgulloso el oficial,—cantando y sin temblar van á la muerte. Bien podía usted,—siguió diciendo,—escribir algo sobre esto: esos héroes oscuros, esos mártires de la patria pueden ser rico venero de inspiraciones para el poeta.

Recordando sus palabras y buscando la inspiración en mi propio entusiasmo, escribí estos cantares que publico respondiendo á cariñosas insinuaciones. Sólo uno de ellos, el que va al frente de todos, fué escrito con anterioridad. Los demás han sido engendrados en esas horas solemnes en que el patriotismo español se desborda, demostrando que el espíritu que nos animó en Bailén, Zaragoza, Castillejos y el Callao alienta aún en los hijos de España.

A vosotros los valientes de Cuba y Borbón, mis queridos amigos, os los dedico como recuerdo de admiración y entusiasmo.

Si algunos de estos pobres cantares hallan vida en labios de esos héroes del pueblo, que defienden nuestra honra en Melilla, será el mayor éxito á que he podido aspirar.

NARCISO.

Colores de sangre y oro
lucen en nuestra bandera;
¡no hay oro para comprarla,
ni sangre para vencerla!

Canta, soldado español,
que tus cantares son gritos
que forma dentro del alma
el eco del patriotismo.

¡No he de luchar por mi patria
si tengo una madre allí,
cuyos ojos no se secan
desde que me vió partir!

El miedo no encontró sitio
en ningún pecho español,
que el valor y el entusiasmo
llenan cada corazón.

Cuando España grita guerra
contestan cien corazones
en cada palmo de tierra.

Serán esta primavera
más encarnadas las rosas,
porque se riegan los campos
con nuestra sangre española.

Agua vertieron las nubes
cuando de España salimos;
¡las lágrimas de las madres
cayendo sobre los hijos!

Para que luchen los moros
tienen que hacer guerra santa;
¡al español es bastante
el grito de ¡Viva España!

Sobre el campo de batalla,
en alas del viento flotan,
oraciones y suspiros
de las madres españolas.

El castigo del traidor
hay que escribirlo con sangre,
que sus letras no se borran
por mucho tiempo que pase.

¡Maldito, siempre maldito,
corazón que no responde
à la voz del patriotismo!

Morena, guarda tus besos,
que han de ser muchos y grandes,

pues quiero que me des uno
por cada moro que mate.

Es una madre la patria,
que se sostiene con sangre
del hijo de sus entrañas.

El soldado en su agonía
dice siempre á su bandera:
—Veinte vidas te daría
si veinte vidas tuviera.

En la guerra me acompañan
siempre la Virgen del Carmen,
el rizo de tus cabellos,
y el retrato de mi madre.

A nuestros soldados fieles
iban diciendo las olas:
—¡Cubrid de nuevos laureles
las banderas españolas!

La patria es madre de todos,
y si ofenden á una madre
las ofensas que le hagan
hay que lavarlas con sangre.

El traidor nos pide paz
después de hacer el agravio,
¡a los gritos del cobarde
se contesta á cañonazos!

En la bandera Española
puso este letrero Dios:
—¡Ó la victoria ó la muerte
para el soldado Español!

Cuando agoniza un soldado
no se halla solo jamás,
que está el alma de su madre
besándolo sin cesar.

El cantar del patriotismo
es el cantar de mi España,
*y honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.*

Dame ese pañuelo rojo
con que adornas tu cabeza,
que al vencer al enemigo
lo llevaré por bandera.

Mi madre en su despedida
en mi frente puso un beso,
rozó aquel sitio una bala
y sin herir cayó al suelo.

Pasan cantando los moros
por las puertas de Melilla:
—¡Quien ofende á un español
tiene pena de la vida!

Dentro de mi corazón
un altar tengo formado,

donde mi madre y mi patria
se funden en un abrazo.

España no ha de morir
mientras tenga patriotismo;
¡parece muerto el león
cuando sólo está dormido!

Si es que en el combate muero,
quiero tener por mortaja,
un pañuelo de mi madre
y la bandera de España.

Cuando su tierra querida
abandona un español,
flotando entre mar y cielo
se deja su corazón.

Desde lejos me bendicen
cuando la batalla empieza,
mi padre desde los cielos,
mi madre desde su aldea.

Con los jaíques de los moros
haré una alfombra muy larga,
para que al salir los pise
la morena de mi alma.

Al abrazar á mi madre
me dijo antes de partir:
—Acuérdate de tu patria,
aunque te olvides de mí.

Todo español es valiente
á la voz del patriotismo,
y suelen brotar los héroes
hasta en el mismo presidio.

Cuando el soldado español
mira pasar su bandera,
nacen dentro de su alma
los recuerdos de su tierra.

En el pecho me hirió un moro
y quise herirle á mi vez;
¡me acordé, madre, de ti
y entonces lo perdoné!

Como el cable se interrumpe
se ha pensado en otro cable,
hecho de orejas de moro
cortadas en el combate.

Cuando al defender su patria
halla la muerte un soldado,
á las puertas de los cielos
sale San Pedro á esperarlo.

Madre, no me llames niño,
seca ya tus ojos, madre,
¡el corazón en la guerra
mientras más joven más vale!

Mientras más grande la lucha
será mayor la victoria;

¡así volveré más pronto
á pisar tierra española!

Cien moros logran reunirse
contra un soldado español,
y consiguen darle muerte
pero que se rinda no.

Puso mi madre querida
este rosario en mi cuello,
y en cada una de sus cuentas
una lágrima y un beso.

Moro, no te envalentones
porque está fresco el ultraje;
*no hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague.*

Cuando los fuegos empiezan
huyen las moras al monte,
¡las españolas prefieren
morir con los españoles!

—Ve á luchar,—dice una madre
al hijo de sus entrañas,
y el alma sale á sus ojos
en un torrente de lágrimas.

Al escribirme mi novia,
cuando comienza sus cartas,
ya no me dice Juan... *mío*,
que me dice Juan... *de España*.

Los moros tras de las rocas
acometen à traición;
¡los soldados españoles
presentan el corazón!

Tu escapulario en mi pecho
y tu lazo en mi fusil;
¡ya verá la morería
como me bato por ti!

La Virgen de la Victoria
cuando parten los soldados,
les da consuelo à las madres
y à los hijos entusiasmo.

Adiós, patria de mi vida,
si defendiéndote muero,
guárdame un lecho de flores
para sepultar mi cuerpo.

Ya cuando rezan los moros,
viendo vencido à su Dios,
dicen:—¡Mucho puede Alá,
pero más un español!

Las percheleras desean
combatir por la nación,
¡como los moros las vean
se rinden à discreción!



TRINITARIAS

I

¡Qué tarde en el camino
nos encontramos,
tú ibas la cuesta arriba,
yo cuesta abajo!

Se hablaron en secreto
nuestras miradas,
y aquel *adiós* nos dimos
con toda el alma.

Tú sigues cuesta arriba,
yo cuesta abajo;
¡mas volvemos las caras
para mirarnos!

II

Nos contaron una historia
de una mujer que olvidó,
y de un hombre que llevaba
la muerte en el corazón.

La escuchamos en silencio,
muy en silencio los dos,
pero al final tú reías,
y al final lloraba yo,

III

Era tanta mi alegría
al ofrecerme aquel beso,
que supieron mi ventura
sol y luna, tierra y cielo.

Y tuvieron tanta envidia,
que reunidos se opusieron,
cielo y tierra, sol y luna,
y me robaron tu beso.

IV

Arroyo que mi amada
llorando cruza,
dime si te confía
lágrimas tuyas.

Si por mi amor sus lágrimas
fueron vertidas,
¡le daré á tu corriente
todas las mías!

V

Ya llegan los frios,
la nieve se acerca,

y arrastran los vientos
á las hojas secas.

Suspira mi niña
la de rubias trenzas,
mientras lleva el viento
á las hojas secas.

Un soplo de muerte
su vida se lleva,
como lleva el viento
á las hojas secas.

VI

Entre la hermosa y la fea
no me detengo á escoger,
que más tarde ó más temprano
con todas me reuniré.

Con todas me reuniré
en el lecho funeral,
y no podrán distinguirse
la belleza ó la fealdad.

La belleza ó la fealdad
no pasan del ataúd,
¡allí sólo se conoce
la maldad y la virtud!

VII

¡No he visto invierno más triste!
¡sin sol que preste esperanzas!

¡siempre lluvias en el valle!
¡siempre nieve en la montaña!

¡Invierno que yo reflejo!
¡en mis ojos siempre lágrimas!
¡siempre sombras en la mente!
¡siempre dudas en el alma!

VIII

En el nicho de mi padre
y sobre su losa negra,
señalado por mis lágrimas
quedó mi beso en la piedra.

Han pasado muchos años
y está perenne la huella
de mis lágrimas de entonces
y del alma que iba en ellas.

Y al mirar aquella leve
señal de amargura inmensa,
¡todo el ayer que hoy olvido
un suspiro lo condensa!

IX

Olvidar nunca he podido
la historia de dos amantes,
que se amaron en secreto
sin averiguarlo nadie.

Nadie llegó á averiguarlo
y fué la ficción tan grande

que sin notarlo ellos mismos
consiguieron olvidarse.

X

A la puerta de tus ojos
una limosna pedi,
y ni dárme la quisieron,
ni me quisieron oír.

En la patria del olvido
llegué á ser rico por fin,
y hoy al volver á tu lado
tus ojos vuelves á mí.

¡Limosna no ha de negarte
quien tanto sufrió por tí!
¡mas las puertas de mi alma
no se volverán á abrir!

XI

Puse un altar en mi pecho,
proclamé una religión,
y solamente creía
en tí, en mi madre y en Dios.

Murió mi madre del alma,
y yo le juré al morir,
que solamente creería
en Dios, por ser Dios, y en tí.

Las traiciones que me has hecho
te arrojan del corazón,

¡y al volver á Dios los ojos,
me arroja del cielo Dios!

XII

De médico de importancia
fueron siempre tus visitas,
entrabas por una puerta
y por la otra salías.

Mas hoy que unos ojos negros
tus cuidados solicitan,
oyes en aquella casa
todas las horas del día.

XIII

Era una paloma blanca
reina de mi palomar,
le dí un nombre, que fué el tuyo,
y un amor que vivo está.

La cuidé con gran cariño,
la preferí á las demás.....
y huyó la paloma blanca
y no ha vuelto al palomar.

Tu cariño y mi paloma
me otorgan un pago igual:
¡dejan su nido vacío...
y se alejan... y se van!...

XIV

En los amores del mundo
es regla que nunca miente,
¡cuando uno quiere, otro olvida!
¡cuando uno olvida, otro quiere!

Así consigo explicarme,
sin que á desmentirlo llegues,
el cariño que te tengo,
y el olvido en que me tienes.

XV

Pocas palabras encierran
la historia de nuestro amor:
hice un templo de mi alma
y de mi capricho un dios.

Luchó entonces tu amor propio,
hiriéndome sin piedad,
y el templo quedó desierto,
y sin dios quedó el altar.

XVI

Es mi reló un mal amigo,
que siempre que verte espero
va despacio, muy despacio,
anda muy lento, muy lento.

Y cuando estás á mi lado,
y cuando cerca te veo,

va de prisa, muy de prisa,
va corriendo, muy corriendo.

¡Yo pienso que están formados
por distintos relojeros,
el reló que marca amores
y el reló que marca el tiempo!

XVII

Hay en la vida de ambos
un amoroso secreto,
que nos aleja ó nos hace
que al acercarnos temblemos.

El alma sufre callada;
el labio guarda silencio;
pero palpita en mis ojos
y late en tus ojos negros.

XVIII

Con el llanto de mi madre
se unió mi llanto de amor,
en las virginales hojas
de una rosa de pasión.

Mi llanto de enamorado
lo secó un rayo del sol;
pero el llanto de mi madre
un ángel lo recogió.

XIX

¡Pensé que al fin la vería,
y era tan feliz al verla!...
¡Ay, qué fácil se me hizo
el subir aquella cuesta!

—

¡Hallé desierto su nido
y volvi sin ver á ella!
¡Qué difícil se me hizo
el bajar aquella cuesta!

—

En las cuestas de la vida
existe gran diferencia,
cuando se suben contento,
cuando se bajan con penas.

XX

He escrito muchos cantares
en el libro de mi vida,
¡cuán contados escribí
en mis horas de alegría!

—

Muchos reflejan mis penas
y muy pocos mis sonrisas,
¡tiene el zarzal pocas hojas
y tiene muchas espinas!

XXI

¡Qué solo estaba el camino!
¡qué negra la noche estaba!

¡faltaba luz en el cielo!
¡faltaba luz en mi alma!

—

Disipando aquellas sombras
me acarició tu mirada,
y sobró luz en el cielo,
y sobró luz en mi alma.

XXII

Cuando pienso que en el cielo
nos puede la muerte unir,
¡cómo le pido á la muerte
que venga pronto por mí!

—

Mas al pensar que no existe
más que esta vida infeliz
¡cómo le pido á la muerte
que no me aparte de tí!

XXIII

De este modo en mi presencia
el mancebo se expresó:
—Ni ante el rigor de las leyes,
ni ante el ángel de mi amor,
ni ante el oro, ni el poder
mi cabeza se inclinó.—
En esto sonó á lo lejos
el eco de dulce voz;
¡era la voz de su madre,
y humilde se arrodilló!

XXIV

¿Dónde va la pobre niña
destrenzados sus cabellos,
y sus blancos pies desnudos
que apenas tocan el suelo?

—Busco del amor la vida,
dice con trémulo acento.

—Busca la muerte del alma,
responde á su voz el eco.

XXV

Todos dicen que estoy loco
y por algo lo dirán,
mas cuando todos lo dicen
es cuando razono más.

—

Es cuando razono más,
pues he comprendido al fin,
que no hay locura más grande
que no alejarse de ti.

XXVI

Suelen engendrar los celos
pensamientos tan infames,
¡que al nacer suele matarlos
la vergüenza de engendrarles!

—

Pero al morir en el pecho
ellos procuran vengarse,

y su veneno nos dejan
para siempre en nuestra sangre.

XXVII

¡Qué lejos nos colocaron
los que nos quisieron mal!
¡qué de sombras nos rodean!
¡qué invencible soledad!

Más vivos dentro del pecho
nuestros recuerdos están,
¡y esos recuerdos del alma
no los pueden arrancar!

XXVIII

Grabé tu nombre, alma mía,
en aquel álamo verde,
entre iniciales y fechas
y entre nombres de mujeres.

Hoy que me hallo prisionero
en otros lazos más fuertes,
al pasar cerca del álamo
lo recordé y quise verle.

Lo que en mi alma con tu nombre
con el álamo sucede:
¡en tierra y hecho pedazos
encontré el álamo verde!

XXIX

En mi camino de amores
colocastes una piedra,
para que yo tropezara
cuando llegase hasta ella.

Me detuve en el camino
por temor á una sorpresa,
y al buscarme tú, caíste
al lado de aquella piedra.

En los amores del mundo
suele ocurrir con frecuencia
que aquel que la piedra pone
suele ser el que tropieza.

XXX

Llegó un hombre enamorado
de una niña al corazón,
llamó repetidas veces
y nadie le respondió.

Mucho le miró la niña
tras las rejas del amor,
y al mirarle sufrir tanto
sin darse cuenta le amó.

Cansóse al fin el amante,
y cuando la niña abrió,

halló que estaba desierto
el dintel del corazón.

XXXI

Un jilguerillo cantando
le dijo á tu corazón,
al ver cuánto me acercaba
á tus ojos:—¡Ya cayó!

Viendo lo que yo te amaba
y viendo tu falsedad,
el jilguero te decía
en su canto:—¡Que se va!

Y hoy conociendo mi olvido
y viéndote padecer,
en su lenguaje te dice
el jilguero:—¡Ya se fue!

XXXII

Entre tus labios de rosa
estaba dormido un beso,
que despertó aquella noche
al latir de un pensamiento.

Y desde entonces se agita
con dulcísimo aleteo,
esperando que otros labios
se acerquen á recogerlo.

Procura que tarde mucho,
que no llegue ese momento
que desposara dos almas
en el altar del deseo.

XXXIII

Cada flor y cada piedra
de las que cercan tu casa,
es testigo silencioso
del amor de nuestras almas.

—
Flores y piedras recuerdan
juramentos y palabras,
besos que en el aire flotan
y suspiros y miradas.

—
¡Ojalá que ese camino
no lo reguemos con lágrimas
y cada flor, cada piedra,
no recuerde alguna infamia!

XXXIV

Hay una tumba en el pobre
cementerio de mi aldea,
que está de flores cercada
que con lágrimas se riegan.

—
Y cuando el viento las mece
aquellas flores se besan,
y parece que suspiran,
y parece que se quejan.

Duerme mi madre del alma
bajo su dosel de piedra,
¡mis suspiros no los oye!
¡mis besos no la despiertan!

XXXV

Fué una historia muy sencilla
la historia de esa pasión,
ella amaba con delirio,
él con delirio la amó.

Agigantó sus cariños
la duda del corazón,
y ella se murió de pena
y él de celos se murió.

Al confundirse sus almas
confesaron el error,
¡pues dudaron del cariño
al quererse más los dos!

XXXVI

En tu cintura mi brazo,
mi mano en tu corazón,
¡la luna se sonreía
mirándonos á los dos!

Y ayer que la misma senda
recorrimos sin amor,
¡entre las nubes, la luna
sus sonrisas ocultó!

Gotas de lluvia cayeron
como perlas del dolor;
¡si la luna tiene lágrimas
también la luna lloró!

XXXVII

Llegó á la puerta del cielo
el alma de un pecador,
y en vano llamó á la puerta
que su culpa le cerró.

Llorando, las desventuras
pintaba de una pasión,
y Dios que las escuchaba
el alma aquella salvó.

Bien y mal en sus amores
los confunde el corazón,
y si el amor roba el cielo
también da el cielo el amor.

XXXVIII

En el mismo cementerio
enterraron á los dos
¡el mismo viento las flores
de las dos tumbas besó!

Y allá en la medrosa noche
suele escucharse un rumor,
triste como una plegaria,
que brota del corazón.



Y es que en la noche callada
sus almas acerca Dios,
y se cuentan sus querellas,
y se renuevan su amor.

XXXIX

Sin que una nube lo empañe
quiero el cristal de los cielos,
¡ó cubierto por la nube
en donde se esconde el trueno!

—

Yo te quiero toda mía,
alma, corazón y cuerpo,
¡ó verte en ajenos brazos
para morirme de celos!

XL

Los cantares que yo escribo
de tí recibieron nombre,
la inspiración de tus ojos
tan negros como mis noches,

—

¡Cantares donde se encierran
mis más dulces ilusiones,
que vagan en torno tuyo
y ni siquiera los oyes!

XLI

Al mirar desvanecida
aquella pasión inmensa,

pienso que me he vuelto loco
pienso que mi mente sueña.

—

El mundo de mis recuerdos
en un punto se condensa
y repasó aquellas cartas
que guardan tus confidencias.

—

¡También ellas me abandonan!
¡son ingratas también ellas!
¡porque el llanto de mis ojos
ya borró todas sus letras!

XLII

Nos encontramos á solas,
vibró el latir de un deseo,
me suplicó tu mirada
y en mis labios murió un beso.

—

Sufrí como sufriría
Luzbel al dejar el cielo,
mientras gritaban tus ojos:
—¡Dios te pague lo que has hecho!

XLIII

No hay pena como esta pena
que pena igual no conoce,
la de ver cómo agoniza
el amor de mis amores.

—

Yo mismo le di la muerte
al hacerlo bueno y noble,

que no latió la impureza,
entre su lecho de flores.

En su corazón de virgen
resonaron mis canciones
y hoy se pierden como el eco
en las selvas y en los montes.

XLIV

Estaba el árbol gigante
cubierto de verdes ramas,
y el jilguero sobre el nido
cariñoso aleteaba.

Se elevaban las canciones
de las flores y las auras,
¡y tú esperándome siempre
alegre y enamorada!

¡El nido se halla vacío!
¡no hay flores ni verdes ramas!
¡ya no tengo en aquel valle
quien espere mi llegada!

XLV

Al reptil agonizante,
le di calor en mi pecho,
y al ir cobrando la vida
me pagó con su veneno.

Lo mismo pagas, mujer,
los favores que te he hecho;

pues me das ingratitudes
en vez de agradecimientos.

XLVI

Una obscura golondrina
viene todas las mañanas
y rozando mis cristales
detiene su vuelo y canta.

En esa dulce avecilla
que se acerca á mi ventana
miro el alma de mi madre
que me despierta y me llama.

Mas no, que las golondrinas
emigran de playa en playa,
y las almas de las madres
de los hijos no se apartan.

XLVII

Subimos la misma cuesta
tú corriendo, yo despacio,
¡al final nos hallaremos
yo tranquilo, tú cansado!

En nuestra senda de amores
llevamos distinto paso,
¡cuando yo llegue riendo,
tú me esperarás llorando!

XLVIII

Juntos vamos en la barca
mirándonos sin cesar,
y envidiando mi fortuna
olas vienen y olas van.

Marinero, rema, rema,
que se acerca el huracán,
que hay ya celos en mi pecho,
que hay ya nubes sobre el mar.

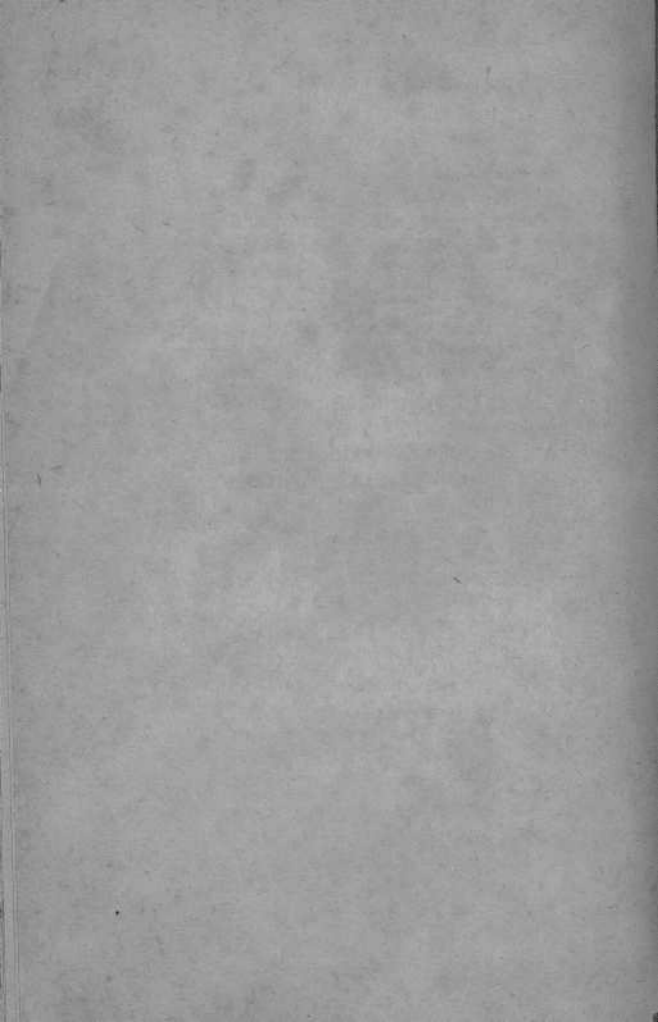
Marinero, ella me olvida,
no remes, no remes más,
¡que si muero junto á ella
bendita la tempestad!

FIN

ÍNDICE

-CONT-

	<u>Pág.</u>
Noticia biográfica del autor, por don José Comas.	5
Poesías.	19
Cantares, con una carta prólogo de don Salvador Rueda.	77
Id. del Soldado.	159
Trinitarias.	169



- TOMO 18.—POETAS EXTRANJEROS: *Amicis, etc., etc.*
- TOMO 19.—CHISTES DE BUEN GÉNERO.
- TOMO 20.—INÉS DE LAS SIERRAS, por *Nodier*.
- TOMO 21.—SUEÑOS ESTRELLADOS por *Camilo Flammarion*, versión de *D. José Comas*
- TOMO 22.—RELATOS TRISTES, por *Burell, Dicenta, Roure, Siles, Urrecha etc., etc.*
- TOMO 23.—NUEVAS HISTORIAS EXTRAORDINARIAS, por *E. Poe*.
- TOMO 24.—POETAS CASTELLANOS MODERNOS: *Alarcón, Blasca, Echegaray, etc., etc.*
- TOMO 25.—LOS HERMANOS CORSOS! (*Historia de aparecidos*).—*Bernardo*, por *Alejandro Dumas*, versión de *D. José Comas*.
- TOMO 26.—LA LADRONA DE NIÑOS, *El Tesoro del Avaro, La pesca milagrosa Myrtila, Mi ilustre amigo Selsam*, por *Erckman Chatrian*.
- TOMO 27.—LUCRECIA BORGIA, por *Victor Hugo*.
- TOMO 28.—EL VERDUGO, por *Balzac*.
- TOMO 29.—EL ASESINO DE LAZARA, por *José de Siles*.
- TOMO 30.—JUANA DE ARCO, por *Lamartine*.
- TOMO 31.—LOS CABALLEROS DE SIERRA MORENA, por *A. Dumas*.
- TOMO 32.—POESIAS Y CANTARES, de *Melchor de Palau*.
- TOMO 33.—BAUTISMO DE SANGRE, *Suicida, El drama eterno, Expiación etc., etc.*, por *J. Adán Berned*.
- TOMO 34.—PALABRAS DE UN CREYENTE, por *J. de Lamennais*.
- TOMO 35.—RELATOS TRÁGICOS, por *José de Siles, Carlos Rubio, José Comas, etc., etc.*
- TOMO 36.—MARIA STUART, por *Schiller*.
- TOMO 37.—UN REO DE MUERTE, por *Victor Hugo*.
- TOMO 38.—D. PEDRO EL CRUEL, por *Alejandro Dumas*.
- TOMO 39.—CANTARES, de *Narciso Díaz Escobar*.

BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX

Se han publicado 39 tomos en los que figuran escogidísimas obras de Balzac, Byrón, Dumas, Esproncedo, Ereckmann, -Chatrián, Franklin, Hugo (Victor), Jannin, Lamartine, Nodier, Poe, Sandeau, Schiller, Souvestre y los principales poetas castellanos, americanos y extranjeros.

Véase el interior de esta cubierta.

LOS GRANDES AUTORES

Destinada esta colección á propagar las obras notables de los escritores más célebres, se publica en volúmenes de más de 200 páginas tamaño 8.º mayor, buen papel, impresión clara y correcta y cubiertas con fotograbados tirados á dos tintas.

Se han publicado los tomos siguientes:

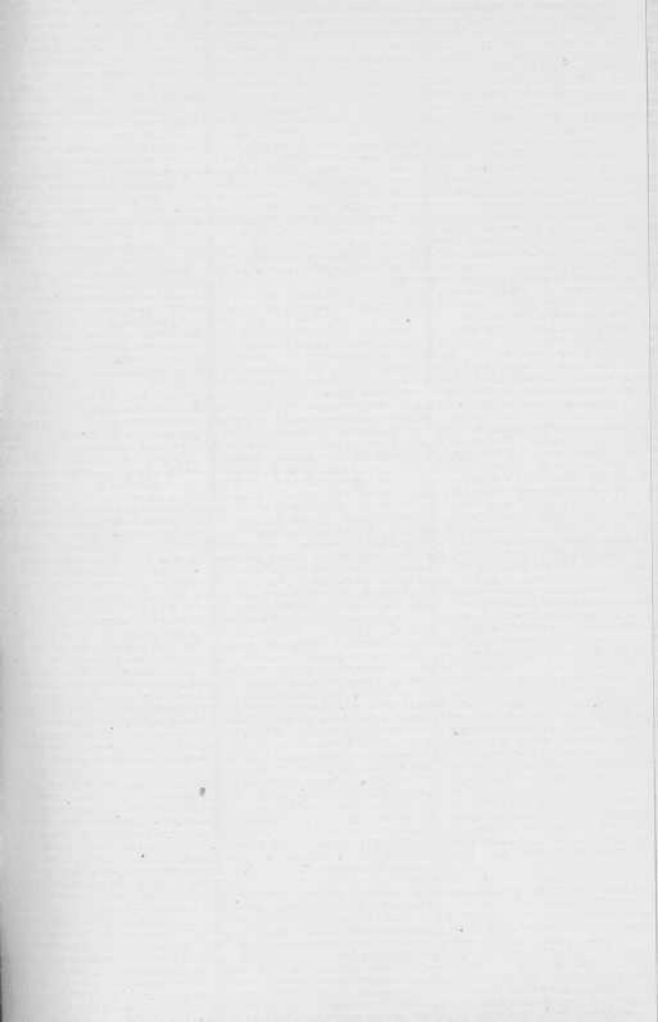
- 1.º LA MUJER GUILLOTINADA, por Alejandro Dumas.
- 2.º FIOR D' ALIZA, por Alfonso de Lamartine.
- 3.º LA VENGANZA DE UN NEGRO, por Eugenio Sue.
- 4.º DE LA TIERRA A LA LUNA, por Julio Verne.
- 5.º LOS GRANDES PROBLEMAS, por Compoamot.
- 6.º LA PIEL DE ZAPA, por Balzac.

EN PRENSA

7.º DOBLE ASESINATO DE LA CALLE DE...
GUE, por Edgard Poe.

8.º NOBLEZA Y MISERIA, por E. C...

Véndese á 4 reales tomo en las principales librerías de España y América donde se expende *del Siglo XIX* ó bien remitiendo sellos, a las librerías á su Administrador, Rambla de Catalunya, Barcelona.









30
XIX
TIAN

DIÁZ ESCOBAR



CANTARRES